



Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Commando

En Istambul un agente israelita cita a uno norteamericano que acude a la cita con un compañero. Pero parece ser una trampa y los tres aparecen muertos. Los norteamericanos por armas rusas y el israelita con la pistola de uno de los agentes de la CIA. Por supuesto la agente Baby se presenta en Istambul para aclararlo todo.



Lou Carrigan

Commando

Brigitte en acción - 203

Archivo Secreto - 170

ePub r1.0
Titivillus 22.04.2019

Lou Carrigan, 1975
Retoque de cubierta: Moroco & Skynet
Diseño de portadilla VI Aniversario: Arrow

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



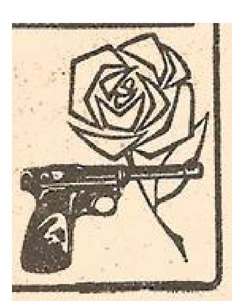
EDICIÓN CONMEMORATIVA



VI

ANIVERSARIO





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

El avión de la línea turca THY, procedente de Atenas, tomó tierra sin novedad en la pista asignada en el aeropuerto de Yesilkoy, a veintitrés kilómetros de Istambul, después de haber efectuado su última evolución sobre el mar de Mármara, resplandeciente en azul y blanco.

Eran las catorce horas.

Ninguno de los pasajeros de aquel vuelo tuvo dificultades en ser admitido en el país. Unos, la mayor parte, porque eran turcos que regresaban, y lógicamente tenían perfecto derecho a pisar su patria. En cuanto a los extranjeros, que los había de varias nacionalidades, llegaban por negocios o por turismo, cosas ambas que merecieron el pláceme de los servicios de inspección oficial turcos.

De entre estos últimos, de entre los viajeros que llegaban por turismo, había uno, es decir, una pasajera, que además del pláceme y el permiso, mereció sonrisas de admiración, de aprobación y de simpatía.

Especialmente, de admiración.

Era una muchacha más bien alta, de formas espléndidas, elegante y sobria en el vestir, que solamente llevaba una maleta y un maletín rojo con florecillas azules. Ese era todo su equipaje… Eso, y su belleza, que tenía estupefactos a todos. En un país donde predominan los ojos oscuros y la tez bronceada, una dama de ojos tan intensamente azules y piel dorada como el oro y el sol, tenía que causar, cuando menos, admiración.

Alta, espléndida, elegante y bellísima, la pasajera supo corresponder con sonrisa un tanto desfallecida a las atenciones que recibió en todo momento. Finalmente, siempre con su simpático maletín en la mano izquierda, recogió su maleta, cargó con ella personalmente, y salió a los vestíbulos de espera.

Inmediatamente, un hombre se acercó a ella. Un hombre alto, de

cabellos oscuros y ojos grises, indiscutiblemente de raza blanca, que se quedó mirándola con gran detenimiento, inescrutable el rostro, pero bien visible, en el fondo de sus ojos, una chispa de profundo afecto, y, sobre todo, de respeto.

—¿Baby? —susurró aquel hombre.

—Hola, Simón —susurró también ella.

—Sea bien venida —el llamado Simón señaló su maleta—. ¿Me permite?

—Gracias —le tendió ella la maleta.

No dijeron nada más. Simón se hizo cargo de la maleta, salieron del edificio, y caminaron, siempre en silencio, hacia el estacionamiento de vehículos particulares. Codo a codo, ambos con expresión sombría, el agente de la CIA llamado Simón, y la agente Baby, también de la CIA, aunque con atribuciones especialísimas de mando y decisiones en todo el mundo, recorrieron la distancia hasta el coche de Simón… Ciertamente que el hombre no se llamaba en verdad Simón, pero, cuando cualquier agente de la CIA trabajaba con Baby, la espía de superlujo y máxima efectividad, ése era su nombre: Simón. Nada más que Simón. Y si había más agentes que intervenían, se llamaban Simón II, Simón III, Simón IV…

Como los reyes. Porque la bellísima agente Baby trataba a todos sus compañeros como a reyes. Para ella, lo eran. Hombres que se jugaban oscuramente la vida por su patria…, y, a veces, la perdían.

Si algún Simón caía en lucha abierta, la agente Baby lo aceptaba. Así era el espionaje. Pero si alguno de sus Simones era asesinado a traición, sin darle la oportunidad de luchar, de cumplir su trabajo, la agente Baby emprendía el viaje en el acto hacia el lugar de los hechos, porque nunca, nunca, nunca, le habían gustado los traidores, ni siquiera cuando beneficiaban a la CIA o a ella misma. El lugar del asesinato podía ser confortable y elegante, o podía ser una sucia cloaca en el más repugnante lugar del mundo. No importaba; Baby cogía su maletín, y partía hacia allí inmediatamente, olvidando todo lo demás…

Simón había colocado la maleta en el asiento de atrás, después de abrirle a Baby la portezuela derecha. Luego, él pasó a ocupar el asiento ante el volante, puso en marcha el coche, y muy poco después abandonaban el aeropuerto, en busca de la London Highway, que los orientaría hacia Istambul.

—Espero que haya tenido buen viaje —murmuró Simón.

—Seguramente, sí; no lo recuerdo. ¿Han conseguido averiguar algo, Simón?

—No. Los israelitas tienen al ruso, pero… me parece que se han pasado de la raya en su interrogatorio. Ese ruso tardará bastante en estar en condiciones de hablar.

Por un instante, en la sonrosada y dulce boquita de la agente Baby apareció una mueca que no tenía nada de dulce.

—Esperaremos —dijo—. Esperaremos.

—Es un hombre muy duro. Los israelitas nos avisaron cuando ya le habían «trabajado» bastante, y aseguran que no dijo ni una palabra… Y le aseguro que esos agentes israelitas no se andan con tonterías. Están que echan fuego. Especialmente, su jefe, un tal Saúl. Si no le hubiésemos contenido, se habría abalanzado con todos sus hombres contra los demás rusos de Istambul.

—Hicieron bien en disuadirle de eso.

—No fue fácil, créame. Ese Saúl no me gusta demasiado, francamente. Tiene el genio demasiado vivo para un espía… Prácticamente, hizo pedazos al ruso, sin darle el menor respiro. Demasiado duro desde el principio, así que el ruso quedó hecho una piltrafa muy pronto.

—Comprendo a Saúl —murmuró Baby—. Pero, en efecto, hay que ser más fríos. Especialmente, cuando nos conviene.

—Pues le aseguro que si queríamos sacarle algo al ruso, nos convenía ser un poco menos rudos…, en principio, se entiende.

—Sí, se entiende. ¿Es joven el tal Saúl?

—Unos treinta años, calculo.

—Sí —sonrió amargamente Baby—… Demasiado joven para según qué cosas. Los espías se hacen a fuego lento. No basta un aprendizaje en una escuela; hay que moldearlos luego en la realidad, golpearlos hasta que adquieran la suficiente flexibilidad. Treinta años… Demasiado joven.

—Sin embargo, es el subjefe de los israelitas en Istambul.

—Entonces, cuando menos es inteligente. ¿Quién es el jefe?

—Un tal Gat. No está en Istambul, de modo que el mando ha recaído temporalmente en Saúl.

—Mala suerte. ¿Dónde está Gat?

—En Tel Aviv, recibiendo instrucciones especiales para este mes.

Eso nos ha dicho Saúl, y, naturalmente, no hemos querido preguntar más. Nuestras relaciones son buenas, pero no tanto. Sería ingenuo, por otra parte, pretender que cualquier servicio secreto, por amigo nuestro que sea, nos diga todo lo que hace y piensa.

—Desde luego. ¿Ha sido avisado Gat?

—Por supuesto. Saúl avisó a Tel Aviv de lo sucedido poco después de avisarnos a nosotros.

—O sea, que Gat recibió la noticia mucho antes que yo.

—Evidentemente.

—¿Y todavía no ha regresado a Istambul?

—Suponemos que confía en Saúl… y que su permanencia en Tel Aviv debe ser considerada con prioridad a este asunto. Y si me permite decirlo, pues…

—¿Sí?

—Bien… No todos los jefes de Sector o Zona reaccionan como usted cuando reciben esa clase de noticias.

—Yo no soy jefe de nada, Simón.

—Bueno… —casi sonrió el espía—. Sabemos que oficialmente, no tiene usted nombramiento alguno de mando, pero también sabemos todos los agentes de la CIA que el mando de cualquier sector pasa automáticamente a sus manos en cuanto llega a cualquier parte del mundo. Lo cual quiere decir que desde este mismo momento, hacemos el relevo usted y yo.

—Gracias. ¿Le molesta?

Simón la miró un instante, estupefacto.

—¿Molestarme? ¡Me alegra extraordinariamente! Por dos motivos… El primero de ellos consiste en que nadie duda que usted hará lo mejor, y que, ciertamente, yo no podría superar su actuación. El segundo motivo, es quizá un tanto egoísta: estoy cansado… Muy cansado, Baby. Y dejar el mando en sus manos durante unos días me va a beneficiar en todos los aspectos: descansaré… y aprenderé. ¿No es para estar alegre?

Brigitte Montfort, la famosísima periodista internacional, alias Baby, la superfamosísima espía temida por todos los servicios secretos del mundo, estuvo unos segundos mirando a Simón, contemplando su gesto en verdad fatigado, el cansancio en su mirada, el desaliento en el gesto de su boca…

—¿Quiere marcharse a casa, Simón? —ofreció—. Creo que le

sentarían bien unas vacaciones.

—Me sentarían muy bien —suspiró Simón—. Pero no me iré de Istambul hasta que haya hecho lo posible por vengar a dos de mis hombres…, dos de mis compañeros. Luego, sí. Luego, si usted fuese tan amable, debería… conseguirme unas vacaciones, Baby.

—Quizá sería mejor ahora mismo, Simón. Si yo le autorizo, puede usted regresar a Estados Unidos hoy mismo.

—Gracias, pero… esperaré.

—Está tan fatigado que convendría…

De pronto, toda la contenida violencia estalló en el agente de la CIA que hasta hacía un minuto había tenido el mando en Istambul.

—¡Estoy fatigado, estoy agotado, estoy asqueado; sí, es cierto! —gritó, crispadas sus manos en el volante—. ¡Y cada día estoy más cansado de todo esto! ¿Qué es lo que queremos, qué pretendemos, qué hacemos aquí nosotros, los americanos, y los rusos, y los israelitas, y… y todos? ¡Estamos siempre con la vida pendiente de un hilo por nada! ¡Por nada! Algunos, vamos aprendiendo, y suavizamos la profesión… Nos toleramos mutuamente, hacemos nuestro trabajo con guante blanco, y casi nos quitamos el sombrero cuando nos cruzamos con un agente de otro bando… Aprendemos a convivir… ¡Y de pronto, sin razón aparente, asesinan a dos de mis compañeros, de un modo estúpido, por nada…! ¡Por nada! ¡No quiero irme ahora, estaré aquí, esperaré! ¡Y si hay que matar, mataré, y si hay que…!

—Cálmese —Baby puso una mano sobre el brazo del espía—. Cálmese, Simón. Aunque sólo sea por mí. Se lo ruego.

—Está bien —Simón se quitó de un manotazo las gotitas de sudor que habían aparecido en su frente—. De acuerdo, ya estoy calmado. ¿Le quedan cigarrillos de los nuestros?

Ella asintió con un gesto, abrió su maletín, sacó cigarrillos, y encendió dos, colocando uno entre los labios de Simón, que aspiró con fuerza el humo.

—Lo siento —murmuró, expeliendo el humo.

—No se preocupe, Simón. Yo le comprendo.

—Gracias… Y supongo que yo debería comprender mejor a Saúl. A fin de cuentas, a él también le han matado a un hombre. Y todavía no es seguro que lo mereciese.

—¿Qué pasó exactamente? Todo lo que entendí fue que los rusos

habían asesinado a dos de los nuestros y a un israelita.

—¿Sólo le dijeron eso? —se sorprendió Simón.

—En realidad, no quise esperar ampliación de informe. Me vestí, fui al aeropuerto, y tomé el primer avión hacia Europa. Claro está que me aseguré por medio de mi jefe de Sector que aquí recibiría información completa.

—¿Tiene usted… un jefe de Sector… al que obedecer? —se sorprendió de nuevo el espía.

—Naturalmente —sonrió con dulzura Baby—. Todos los dispositivos funcionan siempre con un jefe, ¿no es así?

—Gracioso —movió la cabeza el espía—. Muy gracioso. Pero, en fin, eso es cosa de usted. Le explicaré lo que sabemos, y que no nos gusta nada. Ni a mí, ni a Saúl. Maldita sea, creo que tendré que pedirle disculpas a ese muchacho…

—¿A Saúl?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque a él, no sólo le han matado un hombre, sino…

—A nosotros nos han matado dos —se tensó la voz de Brigitte Montfort.

—Cierto. Pero ninguno de los nuestros era un traidor. Y al parecer, Jacob sí lo era… Eso pensamos. Jacob es el nombre del agente israelita muerto al mismo tiempo que nuestros dos compañeros. Estaba con ellos.

—No comprendo…

—¿Sabe quién mató al israelita Jacob?

—Los rusos… ¿No?

—No. Los rusos mataron a…, a Simón y Simón. Aunque puedo decirle ahora sus nombres, ¿verdad? Ya no importa… Se llamaban Lyman y Thomas. Lyn y Tommie… Dos buenos muchachos…

—Simón…

—Sí… Perdone. Bien, a Lyn y a Tommie los mataron los rusos, por la espalda. Lyn tenía tres balazos en la espalda. Tommie, dos, y uno cerca de la nuca… Eso es, los mataron como a perros rabiosos. Pero, antes de morir, Lyman pudo matar a Jacob.

—¿Simón-Lyman mató al israelita? —respingó Baby, bruscamente pálida.

—Sin lugar a la menor duda. Lo hemos comprobado por medio

de las balas. Las que había en los cuerpos de Lyn y Tommie procedían de pistolas rusas. La que había en el corazón del israelita Jacob, procedía de la pistola de… Simón-Lyman. Sin la menor duda. ¿Lo comprende ahora?

—Me temo que empiezo a comprender. ¿Cómo ocurrió?

—Veamos… Lyman se presentó a mí, y me dijo que uno de los israelitas residentes en Istambul, le había llamado por teléfono a su domicilio… Supongo que esto no le sorprende.

—En lo más mínimo.

—Claro. Pues… Lyman se presentó a mí, diciéndome eso. Uno de los israelitas, el tal Jacob, le había llamado, para pedirle una cita, con urgencia y muy discretamente. La cosa me sorprendió un poco, pues los israelitas y nosotros hemos intercambiado algunas pequeñas informaciones varias veces, sin tanto misterio, pero, como soy gato viejo en esto del espionaje —sonrió amargamente—, me dije que quizá había algún asunto especial, de los buenos, que valiera la pena atender cumplidamente. Así que autoricé a Lyman a esa entrevista con el israelita Jacob, pero hice que Tommie fuese con él… La siguiente noticia de ellos la tuve por medio de Saúl.

—¿De Saúl?

—Me llamó, y me dijo que quería reunirse conmigo, para entregarme en determinado lugar los cadáveres de dos de mis hombres. Imagínese… Salí para allí como una bala. Llego, y me encuentro muertos a Tommie y a Lyman, y también a Jacob…

—¿Qué hacía Saúl allí? ¿Cómo se había enterado de…?

—Al principio, se negaba a darme explicaciones, pero me puse firme, y tuvo que hacerlo… De muy mala gana, y lo comprendo. Al parecer, hacía algunas semanas que él no estaba muy conforme con Jacob, y le vigilaba, en solitario. No había querido decirles nada a los demás israelitas, por no causar malestar, o desmoralización, ya sabe. Además, claro, podía equivocarme… En fin, que precisamente aquella noche sus sospechas se confirmaron. Siguió a Jacob, y le vio entrar en una casucha de Silivrikapi, entre la Ciudad de los Muros y la Kocamustafapasa Mosque, cuya puerta había estado abierta y Jacob la dejó así. La impresión de Jacob fue que no había nadie en aquella casa, y que, quien fuera que Jacob tuviera que ver allí, aún no había llegado; de modo que se dispuso a esperar. Muy pocos minutos después, en efecto, llegaron Lyman y Tommie, y entraron

en la casa… Saúl los reconoció, los identificó como de los nuestros, así que se quedó intrigado, ya que no era corriente que Jacob se ocultara para entrevistarse con nosotros. Era más bien extraño. E innecesario, ya que si Jacob tenía algo que decirle a la CIA, sólo tenía que informar al propio Saúl, quien, en definitiva, decidiría si esa información era o no era conveniente facilitárnosla… Así se había estado haciendo. Sorprendido, pues, decidió esperar, y, en el momento oportuno, abordar a Jacob, y, claro, pedirle explicaciones a solas antes de comunicar su acción a Gat, el jefe de Istambul…

—Que ya estaba fuera de Istambul.

—Sí, claro.

—Siga.

—Pues… Saúl llevaba apenas un minuto esperando cuando aparecieron tres hombres por una esquina, se acercaron a la casa en cuestión, y entraron en ella sin vacilar…

—¿Eran los rusos?

—Evidentemente.

—¿Saúl los conocía de antes, quizá?

—No. Eran nuevos en Istambul, o, en todo caso, de los que consiguen permanecer sin identificarse… Ya sabe que siempre tenemos todos un par de hombres en esas condiciones, para situaciones de emergencia…

—Sí, lo sé. ¿Qué hizo Jacob al verlos?

—Se sorprendió todavía más. Al ver los cabellos rojos de uno de ellos, su modo de vestir…, pensó que eran rusos, cosa que luego quedó demostrada. Ya era extraño que Jacob acudiese a una cita de aquellas características con dos agentes de la CIA, pero, que a la misma cita acudieran tres hombres que Saúl consideró rusos, resultaba ya inquietante. Así que decidió arriesgarse. Se acercó a la casa, entró… Todo estaba a oscuras abajo, pero arriba había un resplandor de luz que permitía ver la escalera encalada, blanca. Y cuándo comenzaba a subir, pistola en mano, oyó un grito, disparos efectuados con silenciador, más gritos de dolor, exclamaciones… Casi en seguida, uno de los tres rusos apareció en lo alto de la escalera, corriendo, y comenzó a bajar… Vio a Saúl, claro está, y se dispuso a disparar. Saúl se adelantó, y le metió una bala en el pecho; el hombre comenzó a gritar una advertencia en ruso, pero ya caía escaleras abajo… Saúl lo dejó pasar rodando, rebotando, y se

quedó apretado contra la pared, esperando la aparición de los otros dos rusos, pero no fue así…

—¿Saúl habla ruso?

—No muy bien, pero lo entiende casi perfectamente.

—Hay que estar seguros de esto, Simón. ¿Eran o no eran rusos?

—Eran rusos. Seguro. Además, en cuanto el herido esté en condiciones de hablar, usted misma podrá convencerse. Yo he escuchado algunas palabras de su delirio, y le aseguro que es ruso.

Baby apretó los labios.

—¿Qué más? —los movió apenas.

—Mmm… Ah, sí. Bien, los otros dos rusos escaparon por los tejados, después de salir por una ventana de arriba. Posiblemente, temieron que abajo hubiese varios enemigos, así que optaron por no complicarse más la vida. Saúl comprendió esto después de esperar unos minutos prudentemente. Luego, subió, y en una de las habitaciones, la que tenía un quinqué encendido, encontró muertos a Lyman, Tommie y Jacob. Saúl llamó a los suyos, y luego me avisó a mí. Nos llevamos de aquella casa a los tres muertos y al ruso herido, y comenzamos a analizar lo sucedido. De mala gana, Saúl tuvo que informarme del motivo de su oportuna presencia allí, es decir, de su desconfianza hacia Jacob. Estuvimos haciendo cábalas los dos mientras nuestro médico atendía la herida del ruso, y acordamos reforzar nuestras respectivas sugerencias respecto a la traición de Jacob, que no comprendíamos… El médico extrajo las balas a todos, y comprobamos entonces lo que ya le he dicho: Lyman y Tommie habían sido muertos con pistolas rusas; Jacob, con la pistola de Lyman, que encontramos en su mano… En fin, la teoría no puede ser otra: los tres rusos habían disparado por la espalda contra nuestros dos compañeros mientras, seguramente, Jacob los entretenía… y, antes de morir, Lyman consiguió matar a Jacob, comprendiendo la trampa… Tommie ni siquiera pudo sacar su pistola. Tuvo que suceder así, Baby. No hay otra explicación… Pero la pregunta es: ¿por qué Jacob traicionó al servicio secreto israelita y a la CIA? ¿Y por qué los rusos querían matar a los nuestros, qué pretendían, qué esperaban de ellos? ¿Por qué hacer eso, a sangre fría, sin nada que ganar…? ¿Por qué?

—Por algo, sin duda —murmuró Baby.

—Pero… no había motivos de ninguna clase, todo estaba

tranquilo, nada importante sucedía en Istambul… Lyman y Tom no llevaban encima información alguna, no sabían nada especial, no portaban nada que dentro de los límites del espionaje justificase una trampa y su asesinato… ¿Por qué, entonces?

—Tenemos un prisionero ruso que tomó parte en los asesinatos, ¿no? Pues él nos lo dirá.

—Es muy duro… Y está agonizante. Nuestro médico le hizo una buena cura, pero Saúl le calculó mal las fuerzas, y arremetió contra él, aprovechando mi ausencia y la de los demás Simones…

—¿Dejaron a los israelitas a solas con el ruso?

—Bueno, estábamos muy alarmados… Teníamos que reunir a todo el personal colaborador, darles dinero, enviarlos fuera de Istambul. Luego, había que ir a los domicilios de Tommie y Lyman, por si allí tenían algo ellos que nosotros ignorásemos y que pudiese interesar a los rusos… En cuanto a mí personalmente, tenía que avisar por la radio lo que había sucedido, así que tuve que trasladarme al lugar donde la tenemos oculta, enviar el mensaje, y esperar instrucciones… Nuestros compañeros estaban muertos, y el ruso, herido… No creí que los israelitas arremetieran contra él; ni se me ocurrió siquiera, francamente. Pero, como le he dicho antes, esos agentes israelitas no se andan con tonterías… Yo le había pedido a Saúl que me avisara cuando el ruso estuviese en condiciones de ser interrogado, pero cuando me llamó, ya le habían… «interrogado» ellos.

—Demasiado joven ese Saúl, en efecto… ¿Sabe él que yo he Llegado a Istambul?

—Tuve que decírselo… Creo que fue mi mejor baza para convencerlo de que debía esperar antes de lanzarse contra los rusos.

—Está bien… Intentaremos manejar sabiamente a ese jovencito. En cuanto a nuestros compañeros, espero que, al menos, ya que dejó solos a los israelitas con el ruso, completara usted todos los preparativos para ser enviados a casa, Simón.

—Sí… Sí, todo está preparado. Los israelitas ya han… evacuado a Jacob, pero nosotros estábamos esperando por si usted quería ver a los nuestros… para despedirse de ellos… Bueno, como tenemos… entendido que…, que…

—Ya no sé qué es peor: si despedirlos o no —murmuró la espía internacional, palidísima—… Ya no sé qué es peor…

—Si…, si no quiere verlos, los…, los…

—No —brotó ronca la voz de Baby—… No, no. Los despediré, puesto que ellos me han estado esperando…

Capítulo II

Pero era terrible, acongojante, doloroso.

Tenían la frente dura y fría como el hielo.

Un frío terrible, intensísimo, que, a través de los sonrosados labios de la espía, penetró en todo su cuerpo.

Sí.

Era como besar dos trozos de hielo.

Luego, todavía estuvo unos segundos contemplándolos a los dos, en sus respectivas cajas de embalaje muy «discreto», con las manos cruzadas sobre el pecho, lívidos, como si fuesen de cera. Pero no eran de cera. Eran, simplemente, dos cadáveres. Lyman y Thomas. Simón y Simón. Asesinados por la espalda…, ¿por qué? ¿Por qué?

Cuando alzó la mirada, los espías que la contemplaban un poco alejados pudieron ver las dos gruesas lágrimas que se deslizaron por su rostro. Ella las quitó con la punta de un dedo, y murmuró:

—Está bien. Pueden llevárselos ya, muchachos.

Simón I, que a cada instante parecía más fatigado, se acercó a ella, y la tomó de un brazo.

—Los israelitas nos esperan en el salón.

Baby asintió, dio media vuelta, y salió de allí, dejando en manos de los hombres de la CIA encargados de los cadáveres, su traslado hacia Yesilkoy, desde donde partirían hacia Estados Unidos… para siempre.

Cuando llegaron al salón, decorado absolutamente a estilo turco, los tres israelitas que esperaban allí se pusieron en pie. Ya los había visto antes, al llegar, y había cambiado solamente unas palabras de saludo con Saúl, que, efectivamente, le parecía demasiado joven para llevar la jefatura de Istambul, aunque fuese temporal,

—¿Se los llevan ya? —preguntó Saúl, en buen inglés.

Baby se quedó mirándolo. Era joven, cierto, pero había en sus claros ojos una dura expresión. Alto y fuerte, bien, vestido, de

ademanes reposados, atractivo pese a su nariz un tanto grande, quizá la edad no tuviese importancia para que aquel hombre estuviese capacitado para el mando.

—Sí, se los llevan ya.

—Nos hemos entretenido demasiado con eso… Le aseguro que no estoy nada tranquilo, Baby.

—¿Por qué? ¿A qué se refiere?

—Ignoro qué pretenden los rusos con todo esto, pero, he estado pensando, y las conclusiones a que he llegado no me han gustado en absoluto.

—¿Cuáles son esas conclusiones? —se interesó la divina espía, dejándose caer sobre un montón de almohadones de vivos colores.

—Desde que sucedió esto, ha habido calma. Y me pregunto por qué. Posiblemente, porque no han encontrado a ninguno más de nosotros. No deben saber que la CIA dispone de esta casa…, pero quizá no tarden en enterarse.

—¿Sugiere usted que los rusos van a insistir en matar agentes nuestros?

—Exactamente. A menos que encontremos una razón por la que sólo quisieran matar a los dos americanos, y ahora se den por satisfechos.

—Entiendo —Brigitte encendió un cigarrillo que sacó del maletín, pensativa—… Y puesto que usted ha estado pensando, Saúl… ¿Se le ocurre algún motivo por el que sólo quisieran matar a mis dos compañeros?

—No. En absoluto. Creo que ese motivo deberían buscarlo ustedes, no yo.

—Un momento —masculló Simón—… Si mataron a mis dos hombres fue porque Jacob los citó. Es decir, citó a uno de ellos, y yo decidí que fuese acompañado.

—No fue una decisión muy sabia.

Simón palideció intensamente, y apretó los puños. Pareció a punto de agredir a Saúl, pero optó por sentarse junto a Baby, y tomar un cigarrillo del maletín de ella, que fue quien siguió la conversación con el israelita, un tanto secamente.

—Vamos a ahorrarnos comentarios de tipo personal, Saúl —dijo —. En cuanto a decisiones, todos nos hemos equivocado alguna vez, ¿no es cierto? ¿O usted nunca se ha equivocado?

—Por supuesto que sí —gruñó Saúl.

—Bien. En cuanto a Simón, no cometió esta vez error de ninguna clase. ¿Acaso no es cierto que ustedes y él han intercambiado información con alguna frecuencia?

—Sí, pero…

—Pero nada. Para Simón, aquella llamada personal de Jacob a uno de sus hombres, resultó extraña, es cierto. Pero sólo eso. No tenía por qué desconfiar de ustedes… ¿Cierto?

—Cierto —tuvo que admitir Saúl, hoscamente.

—Entonces, volvamos ahora al motivo por el que los rusos quisieran matar a Lyman-Simón. Sólo a Lyman-Simón, ya que fue a éste a quien Jacob citó en aquella casa. Está bien claro que Jacob sólo esperaba a Lyman, pero, claro, si llegó acompañado, tuvieron que matarlos a los dos. Ahora, por nuestra parte, por parte de la CIA, podemos garantizarle que no hubo en ningún momento una… actitud extraña por parte de Lyman: lo citaron, pidió permiso a su jefe, y acudió a la cita. Fin. Pasemos a su hombre, a Jacob. Respecto a él, es usted quien puede darnos alguna información, ¿no le parece?

—Ya le di a Grant toda la información al respecto. Y no dudo que él se la ha traspasado. Es todo lo que sé.

—En lo sucesivo —murmuró Baby—, cuando mencione a alguno de mis compañeros ante mí, lo llamará Simón, sea el que fuere. Pero volvamos a Jacob; toda la acción partió de él, eso lo hemos admitido todos, ¿no es así?

—Ya le he dicho…

—Está bien. Perdemos el tiempo con esta absurda discusión… Lo evidente, hasta el momento, es que Jacob estaba en combinación con los rusos para atraer a Simón-Lyman a una trampa y matarlo. ¿Sí?

—Ya ha sido aceptado eso —refunfuñó Saúl.

—¿Y eso no le parece estúpido? —replicó Brigitte secamente.

—¿Estúpido? —se desconcertó el israelita—. No comprendo. ¿Por qué había de parecer estúpido?

—Supongamos que usted quiere matar a Simón —señaló la espía a su compañero—. ¿Recurriría a un ruso para que engañase a Simón atrayéndolo a una trampa…, o se limitaría a esperarlo en cualquier lugar conveniente y vaciarle todo un cargador en la espalda?

—Pues… —Saúl parpadeó, desconcertado.

—Piénselo bien.

—Bueno… No sé.

—¿No sabe? Reflexione. Podemos permitirnos el lujo de esperar a que su muy despierto cerebro encuentre una respuesta.

Saúl frunció el ceño, y se quedó mirando torvamente a la hermosa mujer que lo estaba haciendo quedar como un pobre tonto.

—No necesitaría para maldita la cosa al ruso —admitió de pronto, con brusquedad.

—Ah. Vamos adelantando camino… En efecto: ¿para qué complicarse la vida? Si usted quisiera matar a Simón, sólo tendría que clavarle un cuchillo por la espalda, o llenarlo de balas desde el interior de un coche, o volarle la cabeza de un disparo de rifle con mira telescópica desde un tejado… Hay mil medios, y todos nosotros, por desgracia, los conocemos. La pregunta es: ¿por qué los rusos utilizaron a Jacob para tender una trampa a un agente de la CIA con el improductivo propósito de asesinarlo? A mi juicio, esto debe tener, inexcusablemente, una explicación. Una explicación sólida, convincente y única. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —tuvo que admitir Saúl, de mala gana.

—Bueno. No es que pretenda darle órdenes…, ni siquiera indicaciones o sugerencias, Saúl, pero le diré lo que pienso hacer por mi parte: todos mis compañeros disponibles en Istambul van a dedicarse exclusivamente a investigar en la vida de Simón-Lyman… Admito que quizá tengamos una sorpresa, pero eso vamos a hacer.

—¿Y usted quiere que yo y mis hombres nos dediquemos a investigar la vida de Jacob que nosotros no conocíamos?

—Yo no quiero nada. Sólo le he dicho lo que he decidido por mi parte.

—No es que me parezca mal, pero… ¿y los rusos?

—¿Qué pasa con los rusos?

—¿Cómo que qué pasa con los rusos? —exclamó Saúl—. ¡Nos han matado a tres hombres, deben tener algunos propósitos determinados, quizá incluso nos estén buscando a todos…!

Una expresión congelada apareció en los bellos ojos azules de la espía internacional.

—En lo que a mí se refiere —dijo con gran sosiego—, si me buscan me van a encontrar. Pero por el momento, yo no los voy a

buscar a ellos, sino que pienso dedicarme a lo que le he dicho, por la razón de que lo considero más importante.

—Es absurdo. Si mientras tanto la encuentran…

—Más les conviene no encontrarme. En cuanto a que mi decisión es absurda, quizá logre convencerlo de lo contrario con otro ejemplo, Saúl. Supongamos que estoy encerrada en un gran jardín muy frondoso, en el cual hay escondido un enemigo que me está disparando con una pistola… ¿Qué cree usted que yo debería hacer? ¿Limitarme a correr de un lado a otro esquivando los disparos…, o buscar sigilosamente al hombre que tiene la pistola y quitársela?

—Si usted no entiende esto, Saúl —dijo con seco sarcasmo Simón—, será mejor que se dedique a otra cosa.

Para sorpresa de todos, Saúl sonrió, de pronto, y movió la cabeza con gesto admirativo.

—De acuerdo —alzó una mano en son de paz—. Mis hombres y yo haremos lo mismo que usted y los suyos.

—Con gran discreción y sin buscar fricciones con los rusos… por ahora. ¿Cuento con ello? —lo miró atentamente Brigitte.

—Ya he dicho que estoy de acuerdo.

—Pues no hay nada más que hablar sobre eso. Mmm… Gracias por su comprensión, Saúl.

—Bueno —refunfuñó éste—… Tampoco soy tan tonto como para no admitir las buenas ideas ajenas, Baby.

—Eso le será muy útil. Y ahora, el ruso. ¿Dónde está? —Saúl hizo una seña, y todos se dirigieron hacia el cuarto donde estaba el ruso herido… y tan maltratado a golpes que el hecho de que continuase con vida era un auténtico milagro. En el cuarto había un agente de la CIA y un israelita, que más parecían vigilarse mutuamente que atender al herido.

Y éste lo necesitaba, sin duda alguna.

No sólo tenía un balazo en el pecho, sino que todo su rostro estaba hinchado a golpes, tenía los labios partidos, una ceja abierta, una oreja casi despegada de la cabeza… Un auténtico milagro de supervivencia.

—¿Usted hizo esto? —murmuró Brigitte.

—Con pequeñas ayudas.

—Ya. ¿Conoce a algún muerto que haya hablado?

—No. Pero no está…

—Lo estará si no se le atiende mucho mejor que hasta ahora… Y nada de golpes. Por el amor de Dios, ¿cómo ha podido usted ser tan cruel… y tan torpe?

—Pregúnteselo a Jacob…, y a sus dos compañeros asesinados a balazos por la espalda.

—Su actitud es cuando menos rudimentaria, Saúl. En cuanto a los muertos, ya hemos convenido que ninguno de ellos habla, ¿verdad? Por lo tanto, ni mis compañeros ni Jacob podrían decirnos nada. Este hombre, sí.

—¿Cuándo?

—Si muere, nunca. Si vive, hablará. Y yo voy a encargarme de que viva. El favor, desde luego —se endureció su dulce rostro—, no se lo hago a él, sino a nosotros mismos. Simón, que vuelva a esta casa cuanto antes nuestro médico.

—Lo avisaré ahora mismo.

—Muy bien. Luego, usted y todos los Simones dedíquense a ver si consiguen averiguar algo desconocido en la vida de nuestro compañero Simón-Lyman. Y nada de choques con los rusos.

—¿Se va a quedar usted aquí sola?

—Salvo que Saúl y sus amigos decidan hacerme compañía.

—Nosotros —dijo Saúl— vamos a dedicamos a investigar la vida privada que Jacob llevaba en Istambul, tal como hemos convenido. O sea, que acepto su… sugerencia. ¿Aceptaría usted una mía?

—Si es buena, en el acto.

—No se quede sola aquí. Mire, voy a insistir en lo mismo, Baby: los rusos están tramando algo, y para conseguirlo, no han vacilado en matar. Ustedes creen que ellos no saben que la CIA dispone de esta casa. Pero…, ¿y si lo saben?

—Si lo saben, quizá vengan.

—¿Y comprendiendo usted esto… va a quedarse sola aquí?

—¿Alguna vez ha oído usted hablar del lobo disfrazado con piel de cordero, Saúl?

—Sí, pero…

—¿Y de una pantera disfrazada con plumas de paloma?

—¡Pero qué demonios…! —estalló el israelita—. ¡Usted está comportándose como si fuese invencible, y por muy pantera que sea, si vienen una docena de rusos…!

—Siempre me he entendido bien con los rusos…, en líneas generales, claro.

Saúl soltó un bufido, alzando los brazos. Estuvo unos segundos buscando palabras para proseguir la discusión, pero acabó por soltar otro bufido, encogerse de hombros, y salir del cuarto…, seguido de sus compañeros.

En el cuarto, con el herido, quedaron solamente los agentes de la CIA. Y Simón, tras vacilar, murmuró:

—Quizá Saúl tenga razón esta vez, Baby.

—Quizá. Ahora, llame al médico y váyanse todos. Ya saben lo que tienen que hacer. ¿Hay algo para comer en esta casa?

—Hay un refrigerador —refunfuñó Simón—. Pero si vienen los…

—¿Hay champaña en el refrigerador?

—No —se desconcertó Simón.

—Lástima, me habría gustado invitar a los rusos.

Durante unos segundos, el espía norteamericano estuvo mirando muy atentamente a la mujer que, un par de horas antes, le había relevado en el mando en Istambul. Por fin, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Usted gana, Baby. Hasta la vista.

Una hora más tarde, llegó el médico que la CIA tenía a su, disposición en Istambul.

Era turco, y comenzó a farfullar en su idioma al ver el estado en que se hallaba el ruso, pero, como Brigitte no entendía ni una sola palabra en su idioma, le atajó, diciendo:

—Seguramente, tiene usted razón —habló en inglés—, pero así están las cosas, y le ruego que procure arreglarlas lo mejor posible.

—Sería mucho más fácil acabar de matarlo que curarlo.

—Para matar, yo no le necesito a usted.

El médico palideció bruscamente, y abrió mucho los ojos. Luego, sin más palabras por ninguna parte, pudo dedicarse a su trabajo…, que le llevó más de una hora. Cuando terminó, el ruso parecía muerto, pero el galeno aseguró:

—Si se le sigue tratando bien, vivirá.

—Pues eso depende de usted. ¿Cuándo podrá hablar?

—Supongo que usted quiere decir cuándo podrá ser interrogado debidamente.

—Más o menos, eso he querido decir.

—Bueno… No antes de tres días, si usted quiere garantías de que él pueda entenderla bien y contestarle.

—Esperaré tres días. ¿Cuándo volverá usted?

—Le voy a dejar mi número de teléfono. Si advierte usted algo alarmante en él, llámeme inmediatamente. Si no, creo que no va a necesitarme hasta mañana por la mañana… Puede que se produzca alguna pequeña hemorragia en la herida del pecho; en ese caso, si usted se atreve, sólo tiene que limpiarla y ponerle apósitos nuevos. ¿Puede hacerlo?

—Eso, sí.

—Pero llámeme si ve que la hemorragia no cede. ¿Algo más?

—Sólo gracias, doctor…, doctor…

—Kumel. Adiós.

—Adiós.

De nuevo sola con el herido, Brigitte Montfort volvió a ocupar la silla que había colocado junto a la cama, y se quedó mirando el demacrado rostro del espía soviético. Sí, parecía muerto. Pero estaba vivo… Mientras que Simón-Lyman y Simón-Thomas estaban verdadera y definitivamente muertos.

El herido gimió, de modo casi inaudible, y Baby se irguió vivamente. Se acercó más a él, y vio su rostro inundado de una finísima capa de sudor. Humedeció uno de los apósitos dejados por el doctor Kumel, y lo pasó por el rostro del ruso… Inesperadamente, éste abrió los ojos, sobresaltando a la espía internacional. Unos ojos grandes, pasmosamente azules, sorprendentes en verdad. De la maltratada boca del espía soviético brotaron unas palabras, apenas unos suspiros, y Baby se inclinó todavía más, colocando una orejita sobre la boca del herido. Y así, pudo entender las palabras de éste… Una sola palabra, en realidad: el espía soviético estaba llamando a su madre.

Baby se irguió vivamente, tan pálida que parecía más muerta que su colega ruso.

—Dios mío… —gimió—. ¡Dios, Dios mío…!

Y rompió a llorar, escondiendo el rostro entre las manos.

Capítulo III

Hacia las nueve de la noche, el herido estaba mucho mejor o, cuando menos, muy calmado. Dormía apaciblemente, suspirando de cuando en cuando. En ocasiones, un gesto de dolor aparecía en su rostro deformado a golpes, y volvía a aparecer aquella finísima capa de sudor, que Baby limpiaba delicadamente.

Dos veces más había abierto el ruso sus sorprendentes ojos, pero siempre velados, apagados. Por fortuna, no volvió a llamar a su madre, evitándole así a la espía norteamericana no pocos remordimientos.

«Creo que debo comer algo», pensó Baby.

No se había acordado de tal cosa hasta entonces.

Salió del cuarto, y buscó la cocina, aprovechando para darse una vuelta por la casa, inspeccionándola. Sabía que estaba en una calle cerca de la Mezquita de Nuruosmaniye, y del Bazar Cubierto, pues había pasado por delante de ambos con el coche, con Simón. Sabía también que era una casa bonita, como correspondía al distrito de Eminönü, y que tenía un bello jardín, y garaje… Pero no la conocía por dentro.

Tardó muy poco en conocerla, tanto el piso de arriba como la planta baja. Luego fue a la cocina, donde, en efecto, había un gran refrigerador, *made in Italy*. Lo abrió, seleccionó un poco de fruta y queso de leche de cabra, lo colocó todo en una bandeja, y regresó al cuarto del herido espía ruso.

«¡Qué silencio…!», pensó.

Tanto silencio, que se oía poco menos que ruidosamente a sí misma masticando la manzana.

De modo que dejó la fruta y decidió conformarse con el pedazo de queso.

La clave, indudablemente, estaba en Simón-Lyman, o en Jacob, el israelita. Uno de aquellos dos hombres era la clave de todo, pero,

ciertamente, ninguno de los dos podría explicar a nadie el porqué de las cosas, el porqué de aquella agresión rusa contra un agente de la CIA que, según Simón, no era nadie especial, en el sentido de conocimientos desusadamente importantes sobre las actividades de la CIA en Istambul o sobre el espionaje en general en esta ciudad.

¿Y Jacob?

Tenía que ser Jacob la pieza importante. Había citado a un agente de la CIA de un modo personal, muy misteriosamente… ¿Para que los rusos mataran a Simón-Lyman?

—Absurdo —rechazó Baby esta teoría ya discutida—. Es absurdo por completo. Pero quizá Simón-Lyman tenía…

El silencio fue roto bruscamente.

Baby se puso en pie de un salto, empuñando la pistolita, vuelta ya hacia la ventana, uno de cuyos cristales había saltado de pronto en pedazos, produciendo el inconfundible sonido agudo, penetrante, casi musical… La reacción de la espía fue tan rápida que todavía pudo ver los fragmentos del cristal por el aire, vibrando, brillando… Por lógica, simultánea con aquel ruido, Baby esperaba el chasquido contra la pared de enfrente de la bala que había destrozado el cristal, pero no sucedió así, no se produjo ese inconfundible sonido del impacto de una bala.

Simplemente, el cristal había saltado en pedazos.

Y de pronto, saltó en pedazos otro de los cristales, sin que tampoco esta vez se oyese el impacto de la bala en sitio alguno.

Al mismo tiempo, encogida ahora junto a la cama, con la pistola apuntando hacia la ventana, la agente Baby notó el primer zumbido en las sienes, la primera pérdida de visión; todo pareció girar velocísimamente, formando círculos de colores…

No habían disparado con plomo… ¡Habían disparado gases en el interior de la habitación!

Se incorporó para correr hacia donde habían dejado su maletín, pero la cabeza volvió a darle un millón de vueltas, y al instante siguiente se encontró tendida de bruces en el suelo, orientada hacia su maletín. Consiguió ponerse en pie, y más que pretender caminar, saltó hacia el maletín. Consiguió asirlo, rodó con él por el suelo y, mientras lo abría apresuradamente, oía, lejanos, en varios sitios, el sonido de más cristales saltando en pedazos…

En menos de tres segundos, cuando estaba al borde del más

profundo sueño, consiguió asir una de las compresas que llevaba en el maletín, y se la colocó ante la boca y la nariz, apretándola con fuerza. Le silbaban los oídos, la cabeza seguía dándole vueltas y más vueltas, a veloces intervalos… La compresa, que era en realidad una mascarilla antigás, evitó que la dosis absorbida por la espía fuese decisiva, pero cuando Baby quiso ponerse en pie, sus rodillas se doblaron, y de nuevo la cabeza comenzó a darle vueltas y vueltas y vueltas…

Sin intentar ya ponerse en pie, asió el maletín, todavía abierto, con una mano, y tiró de él, arrastrándose. Como desdibujada, ante ella veía la cama donde reposaba el herido… Parecía flotar. Sí, igual que una barquita en alta mar, subía, bajaba, subía, bajaba… Ahora de proa, ahora de popa… Lejanas, muy, muy lejanas, oyó unas voces, en ruso, mientras seguía arrastrándose hacia la cama turca.

Por fin, convencida de que había tardado una eternidad, consiguió meterse debajo de la cama y colocó el maletín ante ella, tanteando en busca de la pistolita, que había dejado allí al tomar la compresa. Encontró el arma, pero se dio cuenta de que sus dedos ni siquiera tenían fuerza para sostenerla. Se estaba durmiendo. Había podido evitar la absorción total de gas, pero los primeros segundos de desconcierto le estaban costando caros.

«Me estoy durmiendo… —pensó, con terrible lucidez—. Me estoy durmiendo, y ahí hay rusos, han venido…».

Por debajo de la cama veía la luz del cuarto, pero muy débil, y parecía ir apagándose, apagándose, apagándose. Se iba convirtiendo en una luz misérrima, tétrica. Notó un pequeño contacto frío en la barbilla, y aún tuvo lucidez para pensar que era el cierre metálico de su maletín. Sin vacilar, apretó con fuerza la barbilla contra el cierre, y el dolor la reanimó un instante, la despejó un poco.

«Pero me estoy durmiendo, me van a encontrar aquí, y no puedo hacer nada, no puedo ni siquiera moverme…».

Había utilizado ella misma demasiadas veces el gas para hacerse ilusiones. Sabía que iba a acabar durmiéndose. Podía tardar todavía quince o veinte segundos, quizá un minuto, hasta que el poco gas absorbido fuese haciendo lentamente su efecto…

Otra vez oyó voces en ruso, ahora mucho más cerca. Pudo mover la cabeza hacia un lado, y vio los pies de un hombre junto a

la cama.

Allá estaban. Ya habían llegado hasta aquel cuarto.

Los pies se movieron. Aparecieron otros pies. Una de las voces llegó con toda claridad a sus oídos:

—Tiene que estar. Busquemos.

—No hay tiempo para eso… —le replicaron—. ¡Llevémonoslo de aquí, sin más complicaciones! ¡Sergei, vuelve a ayudarnos!

Se oyeron más pasos, apareció otro par de pies en el borroso campo visual de Baby.

—Debe estar por arriba —dijo una voz diferente.

—No importa. Quien nos interesa es Boris. ¡De prisa!

—Está muy mal… ¿Crees que habrá dicho algo del submarino…?

—¿Cómo demonios quieres que yo sepa si Boris ha hablado del submarino? —gritó el otro—. ¡Ayúdanos! ¡Los americanos pueden volver de un momento a otro!

Gritaban mucho, tanto que habría sido necesario que la espía estuviese muerta para no oírlos. O quizá se lo parecía a ella que gritaban; y no era así…

—… la ventana…

Con un terrible esfuerzo, abrió los párpados y se esforzó en seguir escuchando.

—… al coche.

Otra vez veía los pies. Ahora estaban cerca de la ventana.

—… ricanos y los israelitas les vamos…

La barbilla de Brigitte Montfort, alias Baby, volvió a caer sobre el cierre de su maletín, con fuerza. Pero esta vez, la espía no lo notó.

Saúl apareció en el lugar convenido en cuanto el coche se detuvo. Se acercó a él, y entró en la parte posterior, sentándose junto a Baby, que continuó fumando, inexpresiva, como si ni siquiera se diese cuenta de su presencia.

Al volante del coche había un agente de la CIA, y, junto a éste, vuelto hacia el asiento de atrás Simón I, que murmuró una orden, y su compañero reanudó la marcha.

—Muy bien —dijo Saúl—, aquí estoy… ¿Qué ha pasado?

—Se han llevado al ruso —dijo Simón, de mala gana.

—Estupendo —dijo con claro sarcasmo el israelita.

—Escuche, Saúl…

—¡Váyanse al diablo! ¿No les advertí que eso podía suceder?

—Aquí no hay nadie sordo, muchacho —gruñó hoscamente el veterano Simón—. De manera que si grita tanto le…

—Déjelo que se desahogue —intervino Baby, con voz queda—. Luego, cuando se haya despachado a su gusto, es posible que podamos seguir esta conversación a la altura de agentes secretos de cierto nivel.

Saúl enrojeció intensamente, abrió y cerró varias veces la boca, y por fin pareció calmarse de pronto.

—Está bien… Lo siento —refunfuñó—. Supongo que a ustedes esto les ha fastidiado tanto como a mí.

—Es listo el chico, ¿verdad? —gruñó de nuevo Simón.

—¿Cuándo volverá Gat? —preguntó Baby.

—¿Por qué lo pregunta? —enderezó el busto Saúl—. ¿Acaso me consideran a mí incapaz de dirigir mi grupo?

—Pues mire, ya que usted lo dice… —empezó Simón.

—No se trata de eso exactamente… —suavizó Baby—. Pero consideramos que para afrontar este asunto es más conveniente una actitud reposada y fría que una actitud exaltada, Saúl. Si usted está realmente dispuesto a razonar y actuar con frialdad, creo que podremos sacar partido de su inteligencia…, de la cual le supongo muy bien dotado.

Saúl se quedó mirando a la impávida Baby, que seguía fumando con toda tranquilidad. Y de pronto, volvió a sorprender a los americanos, sonriendo, alzando las manos.

—De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo —aseguró—. Veamos si puedo demostrarles que, al menos, no soy tonto… Pero vayamos por partes. ¿Qué pasó?

—Vinieron tres rusos y se llevaron al otro… —dijo Baby—. Que, por cierto, se llama Boris.

—¿El herido se llama Boris? Vaya… ¡Gran cosa saber eso! Si tuviese un dólar por cada Boris que hay en Rusia, sería millonario. ¿Dice usted que eran tres rusos? ¿Nada más?

—Yo no vi más.

—Bien… ¿Y tres rusos se llevaron a su compañero tan tranquilamente ante las narices de la agente Baby? Increíble.

Simón frunció el ceño, abrió la boca… y Baby se apresuró a

hablar:

—Posiblemente, si no hubiese tenido yo narices, no se habrían llevado a su compañero.

—¿Qué quiere decir?

—Me narcotizaron con gas… Y si quiere saber la verdad, Saúl, todavía no me encuentro bien.

—Lo siento —se mordió los labios Saúl—. Le ruego que me perdone, Baby.

—Voy a ser tan magnánima de hacerlo —asintió ella, sonriendo—. Está perdonado.

—Usted es simpática —volvió a sonreír Saúl.

—Es una de mis muchísimas cualidades. ¿Quiere que le diga otra, Saúl?

—Me encantará conocerla. ¿Cuál es esa otra cualidad?

—Yo sé pensar.

—¿Por qué dice eso?

Brigitte tardó unos segundos en contestar. Antes, terminó el cigarrillo, metió la punta en el cenicero de la portezuela, y suspiró.

—Le voy a explicar cómo sucedieron las cosas, Saúl. Veamos: uno de los cristales… —explicó al israelita lo sucedido hasta que ya no pudo dominar el sueño, y prosiguió—: Cuando desperté, debía haber pasado menos de media hora. Seguía allí, debajo de la cama sin contratiempo alguno. Lo primero que hice fue llamar por mi radio de bolsillo a Simón. Luego, mientras él llegaba, me di una vuelta por la casa y por el jardín…

—Eso fue una imprudencia. Los rusos podían estar…

—No. Yo sabía que tenían mucha prisa en marcharse antes de que pudiesen llegar algunos agentes de la CIA. Esa fue una de las cosas que oí. Así que me dediqué tranquilamente a dar una vuelta por la casa y el jardín. Y pude llegar a reconstruir los hechos: Los rusos habían disparado sus cápsulas de gas contra varias ventanas de la planta baja a la vez. Luego, convencidos de que tenían el campo libre, entraron en la casa y, sin complicarse la vida, se llevaron al herido. Y eso es lo que me sorprende.

—¿Le sorprende que se llevasen a su compañero herido? —se pasmó Saúl.

—No. Lo que me sorprende es que no se complicasen la vida. Con toda lógica, ellos debían saber que cualquier persona que

estuviese dentro de la casa debía estar dormida bajo los efectos del gas… ¿Cuánto cree usted que tardarían tres hombres en dar una batida por la casa aquélla, Saúl?

—Pues… No sé.

—Nosotros, sí; ni siquiera minuto y medio. Simón I y dos Simones más hicieron esa batida. No llegó a minuto y medio.

—No comprendo… No la entiendo, de veras. ¿Qué está tratando de decirme?

—Los rusos habían comenzado a complicarse la vida desde el mismo momento en que asesinaron a Lyman-Simón y a Thomas-Simón. Pues bien, ¿por qué no dieron esa rápida batida por la casa para asesinar a cualquier otro agente o agentes de la CIA que hubiese en ella? Les habría sido fácil, estando todos durmiendo… Y no me cabe la menor duda de que me habrían encontrado. Así que, en estos momentos, yo debería estar muerta. Y eso no sería causa de más complicaciones para los rusos, según el punto de vista de ellos.

—Quizá no se les ocurrió mirar debajo de la cama.

—Quizá. Y es claro también que tenían mucha prisa, pero… no sé. Estoy desconcertada.

—A ellos les interesaba más llevarse el herido que cualquier otra cosa —encogió los hombros Saúl—. Y ya que volvemos a ese punto, hay algo que me está dando vueltas en la cabeza… Usted ha dicho que ellos se preguntaban si su compañero Boris habría dicho algo del submarino, ¿verdad?

—Sí. Hablaron de eso.

—Bien, pues… Mire, yo hablo el ruso bastante mal, pero lo entiendo muy bien… Y estoy seguro de que el ruso que teníamos dijo algunas palabras referentes a un submarino de la flota rusa… No lo había comprendido hasta ahora, pero al mencionar usted eso del submarino me ha vuelto a la memoria… Sí, sí, estoy seguro de que el tal Boris habló de un submarino de la flota rusa. Segurísimo.

—Pero… ¿qué dijo de ese submarino?

—No lo sé. Es curioso, ¿verdad? Oímos algunas palabras, no las comprendemos de momento, y luego, por cualquier detalle, nos viene a la memoria lo que habíamos oído, y lo comprendemos… Dijo algo de un submarino, seguro, pero no sé más.

—Un submarino de la flota rusa… —murmuró Baby—. ¿Qué puede tener que ver la flota rusa con esto?

—Ni idea. Bueno, la flota rusa pasó por aquí hace pocos días, desde luego, hacia el Mediterráneo… Grant debió tomar nota de ello, supongo.

—Pura rutina —asintió Simón—, pero lo hice, claro está.

—¿Y dónde está ahora esa flota? —murmuró Brigitte.

—En el Mediterráneo, por supuesto. La última noticia que tuve de ella la situaba en alta mar, equidistante de las costas egipcias e israelitas. Eso es normal.

—Lo que no es normal —dijo Saúl— es que un agente ruso destinado en Istambul mencione la flota en su delirio. Vaya… Maldita sea, me gustaría volver a tener a ese ruso en mis manos.

—Eso no parece factible —rechazó Simón.

—No… Pero podríamos… tener otro.

—¿Quiere decir que vayamos a cazar a un ruso?

—¿Por qué no? Ellos empezaron la…

—Calma, calma… —interrumpió Brigitte—. Nada de precipitaciones, Saúl. Los rusos deben estar ahora prevenidos contra cualquier acción nuestra. Para capturar a uno de ellos, habría que organizar una verdadera batalla entre espías.

—¿Y qué? Ellos han empezado, ¿no es así? Y nada nos indica que piensen detenerse. Es muy posible que la calma que hemos tenido hasta ahora, y después de que ellos asesinaran a nuestros compañeros, haya sido debida únicamente a que concentraban sus esfuerzos en buscar a ese Boris.

—Esa es otra cosa extraña… Evidentemente, Boris sabía algo que ellos temían que pudiera decir. Y estando así las cosas…, ¿se conformaron con buscarlo tan… pacíficamente? Lo lógico habría sido un ataque en masa, para recuperar a Boris a toda costa. No entiendo todo esto, de veras… ¿Han averiguado algo respecto a las actividades personales de su compañero Jacob?

—No. Todavía no. ¿Y ustedes sobre su compañero Lyman?

—Tampoco —negó Simón.

—En mi opinión, estamos perdiendo el tiempo… —aseguró el israelita—. Se ve usted muy cansada, Baby.

—Ya le he dicho que no me encuentro bien. Ese gas… No era bueno.

Saúl se quedó mirándola sorprendido.

—¿Bueno? Vaya, dígame usted un gas que lo sea.

—Quiero decir que no era de calidad. Y también hay otra cosa extraña respecto a él: era narcótico, no mortal. De donde se desprende, creo yo que con toda lógica, que los rusos no tenían intención de matar a los agentes de la CIA que pudiera haber en la casa.

—Quizá querían algún prisionero…

—Entonces…, ¿por qué no dieron esa batida por la casa?

—Pues… Demonios, no lo sé.

—Tengo que pensar… Tengo que pensar y descansar… —murmuró Brigitte—. Aún siento náuseas, me siento pesada… No de cuerpo, sino de cabeza…

—Una buena idea sería que usted durmiese varias horas —aconsejó Saúl—. Puede hacerlo en un lugar seguro que yo conozco. Es una lancha.

—Tonterías —rechazó Simón—. Si Baby quiere descansar, yo puedo…

—¿Proporcionarle una tranquila casa? —sonrió irónicamente Saúl—. ¿Cómo la otra? Si no recuerdo mal, Grant, usted dijo que los rusos no sabían que aquella casa estuviese a disposición de la CIA. Y ya ve lo que ha pasado. En cambio, esa lancha nunca ha tenido que ver con el servicio secreto israelí.

—¿De quién es? —preguntó Baby.

—Mía. La compré cuando llegué a Istambul, hace casi un año, antes de presentarme a Gat. Y sólo la he vuelto a usar una vez desde que me presenté para incorporarme al grupo.

—Con una sola vez puede ser suficiente.

—Si ponemos las cosas así, el simple hecho de estar en Istambul es suficiente para que a uno lo maten… —refunfuñó Saúl—. Yo digo que la lancha es segura. Si quiere ir allá, bien, y si no, hagan lo que quieran.

—¿Dónde está esa lancha? —musitó Baby.

—Junto al puente de Ataturk, en esta orilla. No es muy grande, pero estaría muy bien allí. Tranquila, quiero decir. Estoy seguro. Bueno, estará un poco descuidada, claro… Oh, vamos, nadie se habrá interesado por ella en absoluto. Usted puede pasar el resto de la noche allí, mientras nosotros seguimos interesándonos por lo que pudieran haber estado haciendo nuestros compañeros privadamente. Y por la mañana, más descansada, quizá esté en

condiciones de pensar y de tomar decisiones importantes.

—Creo que tiene razón, Saúl —suspiró Baby—. Dígame qué lancha es, y tomaré un taxi hasta allá.

—Bien pensado. Será mejor que nos separemos en un sitio más discreto que el puente de Ataturk —Saúl sacó un llavero, y separó una de las llaves—. Es la de la cabina. Hay dos literas, así que elija la que le guste. Bueno, lo que no hay es nada de comer o de beber, claro…

—Gran noticia —torció el gesto Brigitte—. No podría tragar ahora ni un sorbo de champaña. Será mejor que me apee aquí mismo. Pare, Simón.

Simón II detuvo el coche junto al bordillo, mientras Simón I miraba preocupado a la niña mimada del espionaje norteamericano.

—Quizá sería mejor que la llevásemos hasta allí, Baby.

—No, no… Hasta es posible que vaya caminando. Necesito tomar el aire, eso es todo. Hasta mañana… Y, Simón, nada de choques con los rusos, ¿está claro?

—Sí.

—¿Saúl?

El israelita vaciló visiblemente unos segundos, pero acabó por asentir con la cabeza.

—Está bien. Esperaremos a mañana, a ver qué pasa. Ah, por cierto; mañana regresa Gat, seguramente.

—¿Seguramente?

—Como máximo, pasado mañana. Eso me han informado, no sé nada más.

—En ese caso —sugirió Simón—, si vamos a continuar juntos en esto, quizá sería conveniente esperar a Gat, Baby. Y no se moleste otra vez, Saúl.

—No me molesto —encogió los hombros éste—. Gat es el jefe, y cuanto antes regrese, antes me aliviará de la responsabilidad de tomar decisiones. Quizá las cosas vayan mejor entonces.

—Es usted un muchacho difícil… —sonrió Baby—. ¿Cómo encuentro la lancha?

—Está pintada de azul, y su nombre es *Pasa*. Aunque debe estar tan sucia que quizá no pueda distinguirlo.

—La encontraré. Adiós y gracias. Tranquilos, Simón.

—Descuide. Si necesita algo…

—Sólo descansar. Ese gas…

Se apeó, y en pocos segundos desapareció de la vista de los ocupantes del coche.

—Es una mujer… notable —murmuró Saúl.

—No hay otra igual —se volvió el Simón que conducía el coche.

—En cuanto a belleza, no me cabe la menor duda —sonrió Saúl—. Pero no podemos decir que esta noche haya estado a la altura de su fama, ¿verdad? Le han quitado de las manos a un ruso que…

—Adiós —masculló Simón I.

—¿Qué le pasa? —lo miró amablemente Saúl—. ¿No es usted capaz de admitir un fallo de la CIA, aunque ésta esté representada en esta ocasión por la propia Baby?

—Ella nunca falla.

Saúl contempló a los dos Simones, que le miraban ceñudos, casi hostiles. Movió la cabeza con un gesto de simpatía, abrió la portezuela y se despidió:

—Gracias por el paseo.

Capítulo IV

Efectivamente, llegó al puente de Ataturk dando un paseo que le sentó estupendamente. Se sentía más despejada, la pesadez había desaparecido casi completamente.

Tardó apenas tres minutos en localizar la lancha que llevaba el nombre de *Pasa*. En efecto, se la veía muy descuidada, arrinconada en el embarcadero, casi debajo del puente, rodeada de manchas de aceite y gasolina, que brillaban como un extraño, sórdido arco iris reflejando las luces del puente y del embarcadero.

No tuvo ninguna dificultad en saltar a la pequeña embarcación, que se movió blandamente, como si estuviese sobre un globo en lugar de sobre agua. Una discreta mirada a su alrededor, convenció a la espía internacional de que nadie se fijaba en ella, así que recurrió a la llave que le había entregado Saúl, y entró en la cabina, cerrando inmediatamente tras ella. Encontró el interruptor de la luz, y lo accionó, pero no se encendió luz alguna. Insistió un par de veces, sin resultado. Frunció el ceño, pero en seguida le pareció que aquello era lógico; si las baterías de la lancha estaban tan descuidadas como la propia lancha, era natural que la luz no funcionase. Se habrían secado, o deteriorado de algún modo.

«No importa… —se dijo—. Para descansar, no necesito luz. Ni para pensar. Además, habrá suficiente si aparto una de las cortinillas».

Dentro de la lancha había un débil resplandor que entraba por las cuatro ventanillas laterales, dos a cada lado. Descorrió las cortinillas de estribor y, en efecto, el resplandor se hizo más intenso. No necesitaba más para localizar las literas, bajar una de ellas y tenderse a descansar. Refinada, elegante, exquisita por naturaleza, la agente Baby podía dormir sin embargo, si era necesario, en la más sucia, pestilente y asquerosa de las pocilgas. Era lo que ella llamaba su «encantadora facilidad de adaptación».

Un buen espía internacional, de auténtica categoría, debe saber rechazar el mejor de los vinos «porque ha estado un día de más en la cava»; pero también debe saber cómo convencerse a sí mismo de que el más repugnante pedazo de pescado frío, excesivamente salado y seco, puede ser, en un momento determinado, tan exquisito como la más fina carne de langosta.

De modo que la mejor espía del mundo giró, en busca de las literas.

Las vio en seguida, porque una de ellas estaba bajada.

—Mejor —suspiró.

Se acercó a ella, se inclinó para dejar en el suelo el maletín, junto a la litera…, y su rostro quedó delante mismo del rostro de un hombre tendido en la litera, cara al techo.

Con un fuerte, inevitable respingo, Baby se irguió, y su mano derecha se introdujo velozmente en el escote, en busca de la pistolita, que había decidido llevar a mano en todo momento… La sacó, apuntando inmediatamente a aquel hombre…, mientras se daba cuenta, mientras comprendía que no debía esperar ataque alguno. Y no porque el hombre estuviese confiadamente dormido…

No.

No era eso.

Aquel hombre sólo podía estar muerto.

Ella sabía que aquel hombre estaba muerto.

Se inclinó de nuevo, ahora directamente encima del hombre que, ciertamente, no respiraba. Le puso dos deditos en un lado del cuello, sin encontrar signo de vida.

Muerto y bien muerto.

Y al mismo tiempo que constataba esto, Baby hacía otro «descubrimiento», mucho más importante y desconcertante que el hecho de encontrar allí un hombre muerto. Conocía a aquel hombre, recordaba perfectamente sus cabellos, sus rasgos golpeados, el vendaje que el doctor Kumel le había hecho en el pecho… Era el mismo hombre que, horas antes, delirando, había llamado a su madre, en idioma ruso.

—Boris… —jadeó Brigitte—. El ruso Boris… Pero no…, no comprendo…

Se irguió de pronto, lívido el rostro, vuelta hacia la puerta de la cabina.

El conmutador… La luz que no funcionaba… Y la presencia de Boris allí… ¡El conmutador…!

La explosión, por supuesto, se oyó en todo Istambul, en ambas orillas, desde Kadikoy a Eyüp, desde Fatih hasta mucho más arriba de Besiktas.

Fue un estallido tremendo, que alzó hacia el cielo una luminosa bola de fuego, que se reflejó en los cristales de aquel pequeño apartamento en la calle Cerrahpasa, haciéndolos temblar al borde de la rotura.

Y la media docena de hombres que había en el apartamento, conversando, inclinados sobre un plano de la ciudad que uno de ellos estaba señalando por secciones, alzaron vivamente la cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó uno de ellos, corriendo hacia la ventana—. Parece que algo ha explotado en el canal…

Simón I se puso en pie de un salto, pálido como un cadáver.

—¿Ha sido por el canal? —gritó.

—Yo diría que sí, Grant —ratificó su compañero de la CIA.

—¡Dios mío…! ¡Baby!

—¿Qué…, qué…?

Simón I corría ya hacia la puerta, poniéndose la chaqueta, y los demás le imitaron rápidamente, lanzándose en pos de él hacia las escaleras que los conducirían a la calle, donde disponían de dos coches con los cuales habían acudido a la reunión para reorganizar de nuevo la distribución de investigaciones personales en torno a su compañero Lyman.

Podía decirse que aún se veía en la noche la gran bola roja de la explosión cuando media docena de agentes de la CIA destinados en Istambul, lanzaban los dos coches a toda velocidad hacia el canal.

Concretamente, hacia el puente de Ataturk, en el Cuerno de Oro.

Cuando llegaron al puente de Ataturk, pese a lo tardío de la hora había una gran muchedumbre congregada ante el embarcadero. Una muchedumbre excitada, policía, varias ambulancias… Con Simón I, en el mismo coche, iban tres de sus compañeros, que se apresuraron a apearse, dispuestos a correr hacia allí, pero apenas dieron el primer paso, volviéndose hacia su jefe, que seguía inmóvil en el asiento, caída la cabeza sobre el pecho.

—Grant… ¿No vienes?

—No.

—¡Debemos ir ahí! ¡Puede que aún podamos…!

—La han matado. Sé que ha sido eso… Han volado la lancha *Pasa*, la han asesinado…

—Vamos, Grant, reacciona. Ella…

—¡La han matado! —gritó Simón—. ¡Ese maldito Saúl era un traidor, la metió en esa trampa, insistió mucho en ello…! ¡Y yo lo permití! ¡Era una trampa, y yo lo permití! ¡La han matado, la han destrozado, la han…!

La voz de Simón se quebró, y el espía se llevó las manos al rostro. El agente que hablaba con él miró a sus dos compañeros, señaló con la barbilla hacia el embarcadero, y mientras los otros dos se dirigían hacia allá, él se sentó en el coche, junto a su jefe.

—Grant… Cálmate. Aún no sabemos lo que ha pasado, quizá haya sido un accidente que nada tenga que ver con Baby…

—La han matado… Saúl insistió mucho en que ella fuese a esa lancha… Era una trampa contra Baby, Mark… Era contra ella… Y yo tengo la culpa. Dios bendito… ¿Cómo informo yo de esto a Washington? ¿Qué digo, cómo lo digo…? Aunque…, ¿a mí qué me importa eso? Lo que me importa…

—Tranquilízate, por favor.

Simón I se mordió los labios, y fue como si los hubiese sellado. Quedó sumido en sombrío silencio, inmóvil, fija la mirada en sus pies, pero sin verlos… ¿Tranquilizarse? Muy bien, se iba a tranquilizar. Así de fácil; acababan de matar a Baby en la ciudad que él había tenido asignada. Pero… tranquilo. ¿Por qué alterarse? Habían matado a Baby, había muerto una espía. Tranquilo…

—Ahí vienen ellos… —oyó murmurar a su compañero—. Y les acompaña un israelita.

Simón I alzó la cabeza, y miró hacia donde señalaba el otro Simón. Cierto, sus compañeros regresaban con uno de los israelitas que ya conocían, y que últimamente, en la casa asaltada por los rusos, los había acompañado durante la vigilancia sobre el ruso herido…

Reaccionando bruscamente, Simón I salió del coche, y en cuanto el israelita, que estaba muy pálido, llegó ante él, lo asió por la ropa, rudamente.

—Dígame dónde está Saúl… —farfulló—. Ese maldito…

—Ha muerto.

Simón I pareció recibir un mazazo en la frente.

—¿Qué…, qué dice…?

—Saúl ha muerto —repitió el espía israelita, con voz destemplada.

—Pe… pero… ¿qué dice…?

—Y la culpa es de ustedes, de la CIA…

El agente norteamericano estaba estupefacto.

—¿Nuestra? ¡Usted está loco! ¡Nosotros hemos perdido a Baby y usted viene a decirnos que…!

—Será mejor que entremos en el coche —dijo Simón-Mark—. Estamos llamando la atención, pese a todo.

Entraron todos en el coche, dos delante, tres atrás, el israelita en un extremo del asiento posterior. Simón I suspiró, y miró a sus dos compañeros del asiento delantero.

—¿Qué ha pasado ahí, en el embarcadero?

—Una pequeña lancha voló en mil pedazos… La explosión ha afectado a varias lanchas cercanas, ha hundido dos de ellas… No se sabe todavía si hay algún muerto, pero hay bastantes heridos. Las ambulancias…

—Al grano.

—Bien… Parece que la lancha que explotó fue la *Pasa*, en efecto. No hay ni rastro de ella, Grant.

—Lo sabía… La han matado… Y han matado también a Saúl… No lo comprendo. Yo creía que… ¡No lo entiendo, no sé lo que está pasando! ¿Está seguro de que han matado a Saúl?

El israelita asintió con la cabeza.

—Cuando usted lo llamó para decirle que se habían llevado al ruso, estaba con nosotros —murmuró—. Nos dijo que tenía que verse con ustedes, y se fue. Después, me llamó, me dijo que ya había terminado la entrevista, y que enviase a un compañero a recogerle con el coche. Fui yo mismo, adonde me dijo que estaría esperando. Al llegar, no le vi, así que me sorprendí… Estaba a punto de bajar del coche cuando vi aparecer a Saúl, de un portal, corriendo hacia el coche, gritándome no sé qué… No me dieron tiempo a hacer nada. Aparecieron tres hombres desde diferentes puntos, corriendo detrás de Saúl, y le dispararon. Le vi caer, rodar por el suelo… y quedar inmóvil. Los tres hombres comenzaron a disparar contra mí, así que… Bueno, la verdad, pues… escapé de

allí a toda velocidad, con el coche.

—¿Y por qué tenemos la culpa nosotros? —refunfuñó Simón-Mark.

—Si ustedes no hubiesen llamado a Saúl…

—¡Váyase al demonio! ¿Qué le pasa? Estamos metidos juntos en esto, ¿no es así? Y si le llamamos, fue para darle una explicación, pues a fin de cuentas había sido él quien cazó al ruso que teníamos… ¡Al demonio con usted!

—No quiero discusiones… —murmuró el israelita—. Gat va a llegar seguramente mañana. Ya se entenderán con él.

Simón I estaba desconcertado como nunca.

—Entonces…, no ha sido Saúl. No entiendo… Lo han matado también a él. ¿Está usted seguro de que Gat se halla en Tel Aviv?

—Naturalmente. ¿Dónde, si no?

—No sé… ¡Es que no entiendo nada de nada! Los rusos no habían hecho esto nunca. Pero no sé… Todo eso del submarino… ¿No le dijo Saúl nada de esto?

—Oiga, le he dicho que le vi salir corriendo, que lo mataron, que comenzaron a disparar contra mí y que salí de allí a toda velocidad… ¿No? ¿De qué submarino están hablando?

—Pues… Bueno, si la flota rusa está ahora en el Mediterráneo, lleva submarinos, claro… No sé. Estoy tan cansado… Y ahora no tengo a Baby conmigo… Por Dios, ¡pobre niña! Cuando la vi aparecer en el aeropuerto, me dije: «Ahí está, sólo puede ser ella, todo solucionado…». ¡Todo solucionado!

El israelita parpadeó.

—Creo que todos necesitamos descansar —murmuró—. No sé si ustedes lo van a hacer, pues al fin y al cabo, siguen teniendo un jefe… Pero nosotros esperaremos a Gat. Adiós.

Salió del coche, y se alejó presurosamente, con gesto inquieto. Simón-Mark movió la cabeza con un gesto preocupado.

—Sea lo que sea —dijo—, estamos perdiendo el control de los acontecimientos. Yo creo que, en efecto, lo mejor que podemos hacer es descansar, Grant. O, al menos, reflexionar.

—Lo mismo quería ella, y… Mark, ¿qué hacemos? Nos la han matado a nosotros, nos han matado a Baby en Istambul, mientras nosotros perdíamos el tiempo…

—Estábamos siguiendo órdenes de ella, Grant.

—Sí… Es cierto. Madre mía, madre mía… ¡Ni siquiera podremos enviar su cadáver a casa, ella que siempre se preocupaba de que todos los que caían…!

Bip, bip, bip…, comenzó a sonar la radio de bolsillo de Simón. Y éste la sacó en el acto, mirando hacia el coche donde estaban esperando sus otros dos compañeros.

—¿Qué sucede? —murmuró.

—Me está entrando un frío espantoso con las ropas mojadas, Simón —dijo la dulce voz—. Pase a recogerme con mi maleta para que pueda cambiarme, si es tan amable.

Hubo en el coche un respingo colectivo, mientras Simón I pegaba tal salto que se dio de cabeza contra el techo del vehículo.

—¡Baby! —aulló—. ¿Es usted?

—¿Quién, si no?

—Pe… pe… pe… pero… ¿no está muerta? ¡Oh, qué tontería…! Lo…, lo que quiero decir…

—Estaré pronto muerta de frío si no me socorren. Vamos a ver si entiende esto, Simón: ¡Socorroooooo…!

—¡Allá vamos, no se mueva de ahí, no haga nada! —vociferó el espía, desorbitado el rostro por la alegría—. ¡Estaremos con usted en un segundo, la recogeremos, la…! ¿Dónde está usted?

Capítulo V

Fedor Kevichian estaba terriblemente cansado.

Llevaba varios días casi sin dormir, dirigiendo toda la operación de búsqueda de Alexei, preocupado y receloso por los acontecimientos que no conseguía comprender. En primer lugar, había desaparecido Alexei. Luego, habían desaparecido los americanos, como si ni uno sólo quedase en Istambul. Y también los israelitas… No comprendía nada de nada.

Y en cuanto a la explosión en el embarcadero junto al puente de Ataturk, tampoco parecía haber significado nada que pudiese ayudarle a aclarar sus dudas.

Así que, finalmente, aquella noche había decidido dormir unas horas, descansar. Y al día siguiente, ya sin más demoras, tomaría una resolución respecto a la extraña ausencia, la desaparición de su camarada Alexei.

Eso haría.

Abrió la puerta de su apartamento sito en la calle Tarlabasi, entró, cerró, encendió la luz y se volvió caminando ya hacia el dormitorio, mientras se aflojaba la corbata…

Lanzó un respingo, una exclamación, y sus dedos se deslizaron velozmente por encima de la corbata, introdujo la mano en el sobaco izquierdo, sacó la pistola, y apuntó con ella a la mujer rubia que estaba sentada en uno de los silloncitos, mirándolo apaciblemente, cruzadas las bellísimas piernas que parecían de seda dorada.

—Buenas noches, camarada —saludó ella, en perfecto ruso.

—¿Quién eres? —exclamó Kevichian—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a charlar amistosamente contigo —aseguró la bellísima mujer rubia de ojos verdes. Si no fuese así, ya estarías muerto. Pero, como ves, ni siquiera tengo armas a mano.

Movió ambas manos, mostrando la palma. Cierto, no había arma

alguna en ellas, Demostrado esto, la mujer volvió a colocar las manos sobre el maletín rojo con florecillas azules que tenía en el regazo.

—Sólo has contestado a una de mis preguntas… —murmuró Fedor Kevichian—. ¿Quién eres?

—Agente Baby, de la CIA…

Kevichian palideció, y su mano apretó con más fuerza la pistola. De pronto, su ceño se frunció.

—¿Pretendes tomarme el pelo?

—No. Sólo quiero hablar contigo.

El agente secreto de la MVD soviética estaba en verdad estupefacto. Parpadeó, acabó entornando los ojos y, de pronto, con evidente sobresalto, volvió la cabeza hacia el dormitorio…

—No, no… —negó Baby—. Estoy sola. No es ninguna trampa, camarada. Tienes aspecto cansado… ¿Por qué no te sientas?

Siempre pistola en mano, y por supuesto aún no convencido, ni mucho menos tranquilo, Fedor fue a sentarse en otro silloncito, delante de la mujer que aseguraba ser nada menos que la agente Baby.

—¿Está usted loca? —masculló—. ¡Puedo matarla ahora mismo, en menos de un segundo!

—Sin duda. Pero… ¿por qué tendrías que hacerlo?

—Si usted es la agente Baby, de la CIA…

—Lo soy, te lo aseguro. ¿Y qué? ¿Impide eso que conversemos inteligentemente?

—¿Sobre qué?

—Sobre el asesinato de dos agentes de la CIA.

Fedor se sobresaltó.

—No sé de qué me habla —exclamó.

—Ahora, ya lo sé. Y supongo que tampoco sabes nada especial sobre un agente israelita llamado Jacob.

—No… No, no sé nada especial de él. ¿Por qué?

—También está muerto. Al parecer, colaboraba con vosotros, con los rusos de la MVD.

—No es cierto.

—También lo sé ahora. Sin embargo, el hecho cierto es que tanto mis dos compañeros de la CIA como el israelita Jacob están muertos, se supone que debido a la intervención de la MVD.

—No. El único movimiento de la MVD en estos días ha sido orientado en la búsqueda de uno de los nuestros.

—¿Boris?

—¿Qué?

—¿Se llamaba Boris vuestro compañero desaparecido?

—No.

—Pero os falta un hombre… —murmuró Baby—. Dime una cosa, ¿tenía los ojos azules, muy grandes, hermosos…?

—Sí, los… ¿Has dicho tenía?

—Lo lamento —musitó Baby.

—¿Ha muerto? ¿Alexei ha muerto?

—Sí.

—¿Cómo, cuándo…?

—Le metieron dos balas en el pecho, pero muy bien colocadas, para que no muriese en el acto, ya que había que… interrogarlo a fin de que todos creyésemos que había hablado de un submarino. Así pues, estando herido, fue golpeado casi hasta el límite. Luego, tres hombres rusos se lo llevaron de la casa donde lo teníamos prisionero, y lo colocaron en una lancha, junto al puente de Ataturk. En la lancha habían colocado una carga explosiva, destinada a matarme a mí, puesto que ya había cumplido mi cometido: oír a tres rusos hablar también de un submarino, y comunicar esas palabras a mis compañeros de la CIA en Istambul. A eso se le llama sembrar mentiras. Y el objetivo, según entiendo, era provocar un enfrentamiento entre los rusos y los norteamericanos, sin desdeñar la participación agresiva de los israelitas. Y todo gira en torno a dos agentes de la CIA asesinados, un traidor israelita… ejecutado, y un prisionero ruso que había hablado de un submarino ruso. Si yo hubiese muerto, las cosas se habrían puesto muy mal para todos en Istambul.

—No entiendo nada de nada.

—Afortunadamente, no he muerto. Cuando vi el cadáver de tu compañero Alexei en la lancha, comprendí la verdad… Y supe que yo estaba condenada a muerte si perdía un solo segundo. El interruptor de la luz de la lancha había puesto en marcha el mecanismo de explosión de la carga allí colocada, lo comprendí… De modo que salí a cubierta a toda prisa, y me tiré al agua. Aún estaba sumergida, alejándome de la lancha, cuando ésta explotó…

Es increíble que esté viva.

—Sigo sin entender nada de nada.

—Luego, nadé, alejándome de allí. Y como mi maletín —dio una palmadita sobre él— es impermeable y hermético, pude utilizar mi radio de bolsillo cuando llegué a lugar seguro y discreto, para pedir ayuda a mis compañeros. Fueron a buscarme, me cambié de ropas, y les pregunté quién era el jefe visible de los rusos en Istambul. Me dijeron que vivía aquí, y que al parecer se llamaba Kevichian... ¿Cuál es tu nombre de pila, camarada?

—Fedor. Pero sigo sin...

—¿Han asesinado no hace mucho a Saúl, el israelita, tres de tus compañeros?

—Desde luego que no.

—Pues todavía tengo otra mala noticia para ti, camarada Fedor: Hay tres hombres en Istambul que se hacen pasar por agentes de la MVD. Esos tres hombres asaltaron cierta casa donde teníamos prisionero a tu compañero Alexei. Dispararon gas... Un gas que no me pareció, ciertamente, de procedencia rusa. Y te diré exactamente lo que pretendían... Sabían que yo estaba sola allí, y atacaron para llevarse a Alexei y, al mismo tiempo, hablar, como si fuesen tontos, del submarino ruso. Estaban seguros de que yo estaba allí, en alguna parte; no muerta por el gas, ya que era solamente narcótico; ni completamente dormida, ya que era un gas flojo, de baja calidad, que tardaba mucho en hacer su efecto... Todo lo que querían era que la agente Baby se convenciese de la intervención de los rusos, que les oyese hablar del submarino. Luego, quisieron burlarse de mí; me convencieron de que debía ir a pernoctar en una lancha..., y allá habían colocado ya el cadáver de Alexei y la carga explosiva. Si el cadáver de Alexei no hubiese estado en la lancha, yo estaría muerta. Pero quisieron burlarse, quisieron que antes de morir supiese la verdad, y que alguien había sido capaz de vencerme sin esfuerzo alguno, de reírse de la agente Baby. Yo tenía que comprender esto, y en seguida morir... Pero, evidentemente, hubo un error de cálculo respecto a mi facilidad y rapidez para comprender y reaccionar. Pude saltar de la lancha segundos antes de que explotase. Sabía ya quién lo había tramado todo, pero luego mis compañeros me dijeron que lo habían matado también tres rusos... Ahora, tú me dices que no, que tus compañeros no han

matado al israelita Saúl, de modo que todo queda claro.

—Puede que esté claro para usted, pero yo sigo sin entender nada.

—¿Tampoco sabes qué tiene que ver en todo esto un submarino de vuestra flota?

—Tampoco. Debo ser un pobre estúpido, pero lo diré otra vez: no entiendo nada.

—Procuraremos aclararlo entre los dos. Por mi parte, te lo explicaré de nuevo todo desde el principio, siempre y cuando te interese evitar que haya un choque sangriento en Istambul y que no ocurra nada con uno de los submarinos de la flota rusa. Eso, aparte de que te interese también localizar a tres hombres que andan por ahí matando espías en nombre de la MVD.

—De modo muy especial, me gustaría aclarar este último punto… —dijo secamente Kevichian—. Y también los otros.

—¿Colaboramos, entonces?

Fedor Kevichian se quedó mirando perplejo a la bellísima rubia.

—Algo debe andar mal en mi cabeza… ¿De verdad es usted la agente Baby… y yo estoy despierto?

—Ambas cosas son verdad —sonrió ella.

—Pues debo decirle que es el acontecimiento más extraordinario en mi vida de espía. Y otra cosa, ¿por qué tengo que confiar en usted?

—Por la misma razón que yo confío en ti, camarada, evitar males mayores.

—Todo esto es absurdo… ¡Es increíble! Lo que yo tendría que hacer ahora mismo es matarla a usted… ¿No le parece?

Baby miró la pistola que todavía tenía Fedor en la diestra. Luego, se quedó mirando fijamente los ojos del espía soviético, en silencio, por completo inexpresivo su rostro, un tanto apretados los sonrosados labios. Fedor Kevichian también miraba fijamente los grandes ojos verdes fijos en él.

Por fin, murmuró:

—¿Qué clase de colaboración espera usted de mí?

Era la una de la madrugada.

A las nueve y media de la mañana, Fedor Kevichian regresó a su apartamento. Cansadísimo, pero brillantes los ojos. Entró, se sobresaltó al encontrarse ante la pistolita de Baby, y suspiró cuando

ella la dejó caer en su escote, explicando:

—No se sabe nunca quién puede entrar por una puerta… He preparado café.

—Huele muy bien… —sonrió Fedor—. Y estoy derrengado.

—Siéntate. Te lo serviré.

—Gracias.

El espía ruso se dejó caer en uno de los sillones, y estiró las piernas, cerrando los ojos. Cansado, cansadísimo… Oyó el tintineo, abrió los ojos y tomó la taza de humeante café que le tendía la sorprendente espía americana.

—Atenas —dijo el ruso.

Se dedicó a beber el café, mientras Baby abría su maletín, sacaba la radio y apretaba el botoncito de llamada. Inmediatamente, sonó en el aparato la voz de Simón I.

—¡Dígame!

—Atenas, Simón. Los rusos los han visto.

—Vaya… Pues han andado más listos que nosotros esta vez.

—No se trata de eso. Ya le dije que cuantos más fuésemos, más probabilidades tendríamos de verlos. Pase aviso a los israelitas, y esperen a Gat. Y llame a Atenas. Diga que llegaré en el primer vuelo procedente de Istambul.

—Bien.

—Nada más.

Cerró la radio, la guardó, terminó su café, y miró a Fedor, que estaba terminando el suyo, apaciblemente, saboreándolo. Por fin, el ruso dejó la taza, y se puso en pie, medio dormido aún.

—Llevo bastante tiempo preparando este café turco, y me parece que hasta ahora he estado haciéndolo muy mal, Baby… ¿Cómo lo ha preparado usted?

—Se lo explicaré en el avión —sonrió ella.

El avión procedente de Istambul tomó tierra en una de las pistas del aeropuerto de Ellinikon, en Atenas, a las catorce horas cuarenta minutos, bajo un agradable, tibio, sol de primavera. Muy poco después, la simpática pareja formada por la bellísima rubia y el hombre de cejas espesas y mentón sólido, salían del edificio, mirando ambos hacia el estacionamiento de automóviles. Por todo equipaje, llevaban un maletín rojo con florecillas azules, en manos de la rubita de ojos verdes.

Y apenas aparecieron en el exterior, un hombre se acercó a ellos, mirando a Kevichian.

—¿Camarada Fedor? —murmuró.

—Sí.

—Los tenemos.

—Buen trabajo. Vamos allá.

—Un momento —pidió la rubita.

Se alejó de los dos hombres, hacia otro que esperaba un poco más allá, mirándola a ella fijamente, fruncido el ceño. Llegó ante él, y se pusieron a conversar… El ceño del hombre dejó de estar fruncido muy pronto, casi sonrió, asintió con la cabeza y se alejó, hacia un coche en el que habían tres hombres más. La rubita regresó junto a los dos rusos.

—Cuando gusten —sonrió.

El ruso que los había recibido abrió la boca, pero Fedor le atajó con un gesto, y fueron los tres hacia el coche…, donde esperaban dos rusos más. Nadie dijo una palabra. El coche de los rusos partió… y detrás el otro coche, con cuatro americanos dentro.

Tomaron la carretera de la costa, en dirección a El Pireo. Pero no llegaron a El Pireo. Sólo hasta Phaleron, siempre por la avenida costera. Se detuvieron ante una casa que estaba justo en el centro de la pequeña bahía de Phaleron, dando fachada al mar, que se veía de un azul intenso. La casa tenía un amplio jardín delante, y el coche de los rusos entró en él. Todos se apearon, y la rubia, sonriendo, se volvió hacia el coche que les seguía, y que se había detenido afuera, junto al bordillo. Alzó un bracito, y lo movió con gesto de llamada. Los cuatro americanos salieron del coche, entraron en el jardín, y se acercaron al grupo ruso, mirándose unos a otros entre desconcertados e inquietos.

—Camaradas de la MVD —dijo la rubia—, os presento a mis compañeros de Atenas: Simón I, Simón II, Simón III y Simón IV. Queridos niños —miró ahora a los americanos—, os presento a Fedor… y a Iván I, Iván II e Iván III.

Tanto unos como otros murmuraron unas palabras ininteligibles, mientras se cambiaban de un pie a otro, nerviosos. Fedor Kevichian emitió una discretísima carcajada, y señaló la puerta de la casa.

—Veamos a esos sujetos —dijo en inglés.

—No son rusos… —masculló uno de los rusos—. Hablan bien

nuestro idioma, pero no son rusos. Rumanos, creo.

—¿Uno de ellos es pelirrojo? —preguntó Baby.

—Sí.

—Asombroso… Parece que Saúl dijo siquiera una verdad. Vamos a verlos.

Entraron en la casa… donde habían dos rusos más, que no sabían qué hacer con las manos; si sacar la pistola o rascarse la nuca. Optaron por no hacer ninguna de las dos cosas, y señalaron hacia el fondo de la casa. Recelosos todavía, cediéndose cortésmente el paso unos a otros, rusos y americanos fueron hacia allá. Uno de los que había permanecido en la casa, abrió la puerta de una habitación, y se apartó.

En la habitación no había muebles, no había nada…, excepto tres hombres, atados muy sólidamente de pies y manos y tirados en el suelo. Uno de ellos era pelirrojo.

Baby entró la primera, se acuclilló ante ellos y fue mirando sus zapatos, fruncido el ceño. Por fin, asintió con la cabeza y señaló los pies de dos de aquellos hombres.

—Sí, recuerdo estos zapatos… Y, claro, el otro tiene que ser del famoso trío que se han dedicado a jugar a los espías en Istambul. ¿Han dicho sus nombres?

—No les hemos preguntado… —contestó un ruso—. Nos hemos limitado a esperarlos en Ellinikon, tal como nos indicaron nuestros compañeros de Istambul, y los hemos traído aquí.

—No son muy listos, según parece… —murmuró Baby; se encaró con los tres hombres, todavía acuclillados—. Les voy a decir lo que ha pasado, señores, por si todavía no lo han comprendido: En Istambul, desde la una y cuarto de esta madrugada, todos los agentes de la CIA, la MVD y el servicio secreto israelita unieron sus fuerzas para buscarlos a ustedes. Tenían que localizar a tres hombres de buena estatura, vestidos correctamente, uno de ellos pelirrojo, y los tres, en general, con aspecto de ser de cuidado… Los espías sabemos distinguir particularmente ese… aspecto. Como ya no temamos temor alguno de enfrentamiento entre nosotros, israelitas, rusos y americanos, reunimos a todos nuestros colaboradores, y les dimos instrucciones. Pues bien, los rusos fueron los afortunados. A las nueve menos veinte ustedes tres, juntos, como tres tontos, aparecieron en Yesilkoy; a las nueve menos cinco,

tomaron un avión con destino a Atenas; a las nueve, los rusos llamaban a Atenas para que sus compañeros de aquí los esperasen y los capturasen a ustedes; a las nueve y media, yo me enteraba de eso; a las nueve y media y unos segundos, yo daba orden de que fuesen avisados mis compañeros de Atenas de que llegaría aquí en el primer avión que saliese de Istambul. Ahora, a las… —miró su relojito— quince horas y siete minutos, por fin, estamos todos reunidos; ustedes, los rusos de verdad y los americanos. Interesante reunión, puesto que ustedes han asesinado a dos americanos y a un ruso… ¿Me explico?

Los tres hombres estaban lívidos. Por un instante, miraron a los hombres que, de pie detrás de aquella mujer, los contemplaban con dura expresión, tensos los rostros.

—Sí —murmuró uno de ellos.

—Estupendo. Y por lo tanto, ustedes se están dando perfecta cuenta de su situación, ¿no es así?

El hombre asintió con la cabeza. Baby acabó por sentarse en el suelo, con las piernas cruzadas.

—Bueno —dijo gélidamente—, veamos si ustedes nos dan una explicación que nos convenza a todos de que no debemos descuartizarlos. Espero que hayan comprendido que la decisión de matarlos ha sido tomada sin necesidad de grandes discusiones, pero… hay muchos modos de morir. Pueden morir en un segundo, o en un año, y estoy segura de que me comprenden. Entonces, primera pregunta: ¿trabajan ustedes para Saúl?

—Sí.

—Están emprendiendo el buen camino hacia una muerte dulce y rápida. Vamos a ver si no se desvían. ¿Mataron ustedes a los dos americanos en Istambul?

—Sí.

—¿Uno de los americanos mató al israelita Jacob?

—No.

—¿El israelita Jacob los había citado allí? A uno de ellos, quiero decir.

—Sí.

—¿Para qué?

—Se había enterado de algo de los planes de Saúl, y quería decírselo a los americanos, porque no sabía si los demás israelitas

estaban de acuerdo con Saúl.

—Muy bien. ¿Qué pasó entonces realmente en aquella casa?

—Saúl se había dado cuenta de que Jacob desconfiaba de algo, y lo vigilaba. Aquella noche, siguió a Jacob a aquella casa, después de avisarnos. Entramos detrás de Jacob, y le amenazamos… Le obligamos a permanecer quieto después que nos dijo que esperaba a un americano. Llegaron dos, y nosotros los matamos… Luego, Saúl le quitó la pistola a uno de ellos y mató con ella a Jacob. Nosotros fuimos a buscar a un ruso, lo encontramos y lo capturamos. Lo llevamos a la casa, y Saúl disparó contra él. Nosotros nos fuimos, y él se quedó allí, con los dos americanos, el ruso y el israelita…

—Humm… Bueno, la parte que sigue ya la sé, de modo que sigan desde el momento en que ustedes decidieron ir a la casa donde teníamos al ruso herido.

—Saúl nos llamó anoche, y nos dijo que teníamos que ir a por el ruso, que estaba solo con una mujer. No debíamos matarla; sólo aturdiría, o hacer las cosas de modo que ella pudiese escapar después de oírnos hablar del submarino ruso. Luego, debíamos llevar al ruso a la lancha, dejarlo allí y colocar la carga explosiva, ya que la mujer iría allí seguramente, y ahora ya podía morir…

—Después, se reunieron con él, que llamó a uno de sus compañeros para que fuese a recogerlo con el coche. Entonces, aparecieron ustedes, dispararon al aire, él simuló caer muerto… y desapareció de Istambul.

—Sí.

—¿Está en Atenas ahora?

—Sí.

—¿Dónde?

—No lo sabemos. Sólo sabemos que tenemos que reunirnos con él en un yate que hay en El Pirco.

—¿Nombre del yate?

—*Marathon*.

Baby asintió con la cabeza, se volvió, mirando a los cuatro agentes de la CIA, y les hizo un claro gesto de que debían marcharse. Los Simones vacilaron, pero sólo un instante, antes de dar media vuelta y salir del cuarto.

Baby volvió a encararse con los tres hombres.

—Si no he interpretado mal todas las molestias que se han

tomado Saúl y ustedes, todo ha sido encaminado a provocar altercados entre rusos, israelitas y americanos, y eso me parece una estupidez, ya que si él se hubiese limitado a venir a Atenas, nadie se habría enterado de nada.

—Jacob sabía algo, y como ya habíamos matado a dos americanos, decidió aprovechar la situación para crear confusión… Dijo que todavía sería mejor, pues si los americanos y los israelitas informaban de que se estaba mencionando un submarino ruso, esto sería mejor aún para sus planes. Los americanos y los israelitas acusarían a los rusos de haberlo hecho todo, de haberlo estado preparando todo desde Istambul.

—¿Y qué es todo? ¿De qué habríamos acusado los americanos y los israelitas a los rusos?

—Del hundimiento del *Queen Elizabeth* II.

Baby palideció, y los rusos lanzaron sobresaltadas exclamaciones, no menos pálidos. Fedor Kevichian se adelantó, con los puños cerrados, pero Baby captó su movimiento y le hizo un gesto de calma.

—¿Quiere decir que Saúl está planeando atacar ese transatlántico? —murmuró.

—Sí… Hundirlo.

—¿Por qué? Es absurdo… En ese barco viajan, con destino a Israel, para participar en los festejos del veinticinco aniversario de la fundación del país, cerca de setecientos millonarios de origen israelí… Son de la misma raza que Saúl, son compatriotas de alma aunque no lo sean de pasaporte… No lo entiendo. ¿Va a atacar, pretende hundir un barco en el que hay casi setecientos judíos con destino a Israel?

—Sí… Sí.

—Pero… ¿por qué? ¿Le han pagado los árabes por hacerlo, o…?

—No, no.

—¿No le han pagado los árabes? ¿Quién, entonces?

—Nadie. Lo hace por patriotismo.

La estupefacción fue general. Ni Baby ni los rusos daban crédito a lo que estaban oyendo.

—¿Por patriotismo? ¿Está usted bromeando?

—Le he dicho lo mismo que él nos dijo a nosotros. No sé nada más.

—Pero… ¿cómo puede Saúl llamar patriotismo al asesinato de setecientos israelitas que van a asistir a la celebración de…? Setecientos israelitas, más la tripulación del *Queen Elizabeth* II. Casi mil personas… Mil asesinatos… ¿Eso es… por patriotismo?

—Eso dice él.

—¿Y ustedes también están interviniendo por… patriotismo?

—No; a nosotros nos paga por ayudarle. Teníamos que hacer todo esto simulando ser rusos…

—Y así, Rusia habría sido acusada de mil asesinatos de los más horrendos que jamás se han llevado a cabo —jadeó Fedor, demudado el rostro—. Malditos… ¡Malditos asesinos! ¡Os voy a matar, os voy a…!

—Ya lo sabemos… —el hombre, como los otros dos, estaba sudando, desencajado el rostro—. Pero hemos hecho un trato con esta mujer.

—¿Un trato? ¿Un trato con gente como vosotros? ¡Os voy a dar yo tratos, os voy…!

Había sacado la pistola, y lo mismo dos de sus compañeros, pero Baby alzó un brazo en demanda de atención.

—Un momento —dijo fríamente—. A mí también me han matado a dos compañeros, Fedor, y, aunque por esta vez, no voy a tener inconveniente en no participar directamente en la ejecución de sus asesinos, creo que quedan cosas por preguntar. Cálmese.

—¿Qué cosas quedan por preguntar?

—Pues, por ejemplo, cómo espera Saúl conseguir hundir el *Queen Elizabeth*… ¿A usted le parece fácil?

—No… Por supuesto que no.

—A menos que la operación se lleve a cabo con un submarino —deslizó la divina espía.

Los rusos quedaron petrificados de espanto ante la cantidad de sugerencias que implicaban aquellas palabras de la espía americana.

—¿Qué…, qué quiere decir…?

—Todo el mundo sabe que el *Queen Elizabeth* II lleva una formidable escolta, en su mayor parte británica. Por lo tanto, atacar al transatlántico significa enfrentarse a los barcos de guerra ingleses. Absurdo. Luego, en el mismo barco, hay grupos de especialistas antisabotaje, hombres rana, agentes secretos y de seguridad… Hay de todo. Yo diría que resulta imposible atacar ese

transatlántico a menos que se dé la cara con fuerzas navales muy superiores. Y eso sería increíble. En cambio, parece factible que el *Queen Elizabeth* II sufra un ataque submarino… Sólo parece factible.

—¿Está usted sugiriendo que un submarino de la flota rusa va a tomar parte en ese ataque? —gritó otro de los rusos.

—No lo sé. Ni ustedes tampoco. Pero ellos sí —volvió a mirar a los tres prisioneros—. ¿Cómo se va a llevar a cabo ese ataque?

—Lo efectuará un comando.

—¿Un comando? ¿Un hombre?

—No… Un *commando*; un grupo de personas que habrán recibido las debidas instrucciones.

—De modo que Saúl cuenta con un comando… ¿De muchos hombres?

—No lo sé. Todos los componentes se han estado reuniendo estos días en el yate *Marathon*… Y nosotros deberíamos haber llegado ya allí.

—Me parece que ya no deben preocuparse por eso. Pero aclaremos esto. ¿Saúl piensa atacar un convoy en el que hay barcos de guerra británicos… con un comando?

—Sí.

—¿Con unos cuantos hombres en un yate?

—Sí. Y no sabemos nada más al respecto. Sólo que él nos aseguró que no habría riesgo alguno para los del comando.

—Es una afirmación digna de estudio… —murmuró Baby—. Pero si están dispuestos a utilizar un yate…, ¿por qué hablar tanto de un submarino ruso?

—No lo sé.

—Pero la idea de Saúl tiene que estar orientada hacia ese submarino, como…, como si pudiera hacerlo parecer culpable del ataque al transatlántico, ¿no?

—Sí… ¡Sí, sí, sí!

—¿Y cómo podría conseguir que un submarino ruso fuese considerado culpable de lo que habría realizado un comando que nada tiene que ver con Rusia?

—¡Le digo que no lo sé!

Baby estuvo unos segundos mirando con gran atención a los tres sudorosos, aterrados prisioneros, que, en el fondo, muy

posiblemente, esperaban si no piedad, al menos que nadie se atreviese a matarlos a sangre fría, de acuerdo al… trato.

Por fin, la divina espía se puso en pie, miró a Fedor, y murmuró:

—Yo he terminado con ellos. Pero quizá ustedes tengan algo más que preguntarles.

Salió del cuarto, fue al saloncito y se dejó caer en el pequeño sofá, de cara a la ventana, de cara al mar… Muy apagados oyó los chasquidos: plop, plop, plop, plop, plop… Muy poco después de escuchar los disparos con silenciador, Fedor Kevichian aparecía en el saloncito, colocando un nuevo cargador en su pistola, que guardó con huraño gesto. Se sentó delante de Brigitte Montfort, y dijo:

—Espero que sus Simones no tengan ninguna dificultad en encontrar ese yate.

—Yo también lo espero así.

Las esperanzas de los dos se vieron cumplidas. A las dieciséis horas y cincuenta y dos minutos exactamente, sonó la radio de bolsillo de la espía internacional; el yate *Marathon*, en efecto, había sido localizado en los muelles de El Pireo.

Capítulo VI

Fedor Kevichian detuvo el coche cerca del muelle, en el lugar que los agentes de la CIA fueron indicando a Baby por medio de la radio. Llegaron los dos solos, pues los demás rusos se habían dividido en dos secciones; una de ellas se había encargado de sacar los cadáveres de los tres falsos rusos de la casa de Phaleron; la otra, permanecía en la casa, esperando instrucciones y atendiendo la radio, con la que se mantenían especialmente en contacto con Istambul.

Y a los pocos segundos de detenerse el coche, apareció Simón-Atenas I, que entró en la parte posterior.

Baby y Kevichian se volvieron hacia él, y la primera preguntó:

—¿Cuántos hombres hay en ese yate?

—Parece que no hay más de cuatro.

—Ustedes recibieron sin duda la descripción de Saúl desde Istambul, cuando les llamaron para que me esperasen… ¿Creen que alguno de ellos es Saúl?

—No. Todos los que hay en el *Marathon* parecen formar parte de la tripulación: marineros.

—Ya. Bien… ¿Cuál es el yate?

Simón señaló hacia el mar.

—Bandera griega, franja azul sobre la línea de flotación… El tercero de la izquierda contando desde el más grande.

Brigitte Montfort abrió su maletín, sacó los pequeños gemelos de teatro, y los enfocó hacia el yate, graduando la distancia en las lentes de los gemelos. Estuvo mirando atentamente, en silencio, durante casi un minuto. Luego, tendió los gemelos al ruso, que también se tomó su tiempo para examinar el yate, acercado por los gemelos.

Por fin, Kevichian devolvió éstos, encogiendo los hombros.

—No veo nada de particular —dijo.

—Yo tampoco… Parece un yate común y corriente, apto para buenas singladuras. Y nada más.

—Puede llevar dotación de armas ocultas, disimuladas en el casco, e incluso en cubierta —sugirió Simón.

—Sí… Es posible. Pero… ¿qué puede llevar? ¿Alguna ametralladora, o un par de pequeños cañones, unos morteros…? No, no, no… Sería absurdo.

—Desde luego, yo no atacaría a los barcos de guerra que acompañan al *Queen Elizabeth* II con ese yate —sonrió hoscamente Fedor Kevichian—. Y por otra parte…, ¿se imagina usted que para ese cometido Saúl haya contratado solamente a cuatro hombres?

—Hay… o ha habido *commandos* de cuatro hombres que han hecho cosas increíbles, Fedor.

—Lo sé muy bien —sonrió ahora casi alegremente el ruso—. Si tuviéramos tiempo le contaría una pequeña misión que llevé a cabo no hace mucho en…

—¿En dónde? —sonrió la divina espía.

—Oh, por ahí…

Se echaron a reír los dos. Simón los contemplaba no poco asombrado…, hasta que se encontró a sí mismo riendo también, aunque un tanto nerviosamente. De todos modos…, ¿por qué se asombraba? Cuando se trabajaba con la agente Baby todo podía suceder…

—Bueno —dijo ella—, me parece que no sacaremos gran cosa en claro haciendo cábalas.

—Podemos apoderamos de ese yate en menos de medio minuto —sugirió Kevichian.

—¿Y qué haríamos con él?

—De momento, tendríamos a cuatro hombres que…

—Que no podrían decirnos más cosas de las que ya nos han dicho los otros tres… —cortó Brigitte—. Sería como cortarle la cola al tigre. Y lo que hay que cortarle es la cabeza.

—Nunca he cortado una cabeza… —murmuró Kevichian—. Pero dicen que siempre hay una primera vez para todo. Y quizá me guste.

—Bueno, nos conformaremos con cortarle la cabeza y la tiraremos a una cloaca. Pero, para cortarle la cabeza, antes tenernos que encontrar a Saúl.

—Seguramente, los del yate saben dónde está.

—Quizá. Pero también es posible que no lo sepan, de tal modo que si los atacamos Saúl puede enterarse, y entonces perderíamos su pista irremisiblemente. Yo soy partidaria de esperar…, pero tú también tienes aquí voz y voto, camarada espía. ¿Qué decides?

—Pues… me parece que usted tiene razón.

—Bien. Y, por favor, tutéame… ¿O no somos unos buenos camaradas?

Fedor Kevichian estuvo unos segundos mirando a la bellísima rubia de los ojos verdes que aseguraba ser la agente Baby. Ni más ni menos que la agente Baby. Podía ser cierto y podía no serlo…, pero Fedor Kevichian ya estaba convencido de que sí. Por una sencilla razón: no podía haber otra mujer de las características físicas, mentales y morales de aquélla. Imposible.

—Tu idea me parece buena…, camarada Baby —musitó.

—Pues celebremos nuestro buen entendimiento fumándonos un cigarrillo y contemplando el mar. Esperaremos.

Tuvieron que fumar más de un cigarrillo, porque hasta bien entrada la noche nada sucedió en el yate, nadie lo abordó. Hacia las nueve y media, comenzó a llegar gente.

Baby volvió a utilizar los gemelos, y luego los tendió a Kevichian, que a su vez echó un largo vistazo antes de devolverlos, desconcertado.

—Un hombre y una mujer… —murmuró—. Vestidos de noche.

—El esmoquin blanco de él está bien… —murmuró también la espía internacional—, pero el vestido de ella no me gusta. Demasiado escotado. Y no lo digo por puritanismo; es que es un escote de mal gusto. ¿Qué le parece a usted, Simón?

El hombre de la CIA también utilizó los gemelos, para echar un vistazo. Las luces de cubierta del yate se habían encendido todas, de modo que pudo ver perfectamente a la pareja.

—No entiendo…

—¿No entiende usted de escotes? —se sorprendió Baby.

—¿Eh? Oh, sí… Bueno, algo… Pero… ¿qué hace esa gente ahí?

—Evidentemente, se disponen a dar una fiesta. ¿Qué me dice del escote, por fin?

—Oh, pues… Bien, es muy grande, sí… Francamente, no sé si es de mal gusto, pero… Bueno, yo diría que esa mujer tiene un…

unos… Bueno…

—Digamos que su desarrollo torácico ha sobrepasado los límites del buen gusto —rió quedamente Brigitte—. ¿Le parece bien así?

—A algunos les gustan las mujeres con mucho… desarrollo torácico —rió también Kevichian.

—Muestra inequívoca de vulgaridad. Yo creo que una mujer debe tener los…

—Llega otro coche —dijo Simón, que continuaba mirando con los gemelos.

—Más invitados —aseguró Baby.

Simón no contestó hasta pasados unos segundos:

—Sí… Así parece. Otra pareja. También vestidos de noche. Ella tiene menos desarrollo torácico que la otra, pero camina como un pato.

—De donde se desprende que no ha ido precisamente a un *college* de esos tan exclusivistas —murmuró Baby.

—¿Usted…, tú sí? —se interesó Kevichian.

—En absoluto… —negó la divina—. Las universidades norteamericanas son tan poco exclusivistas que hasta admiten en ellas estudiantes rusos.

Fedor Kevichian tuvo que volver a reír. Imposible contenerse.

—Bueno —dijo—, de todos modos, caminas muy bien.

—Estimado colega; eso es una gracia natural en mí. Como todo lo demás. Te pondré un ejemplo… Como quizá sepas, la CIA tiene algunas escuelas de formación de agentes…

—¿De veras? —abrió mucho los ojos el ruso—. ¿Dónde?

Rieron los dos, y Brigitte prosiguió:

—Lo he olvidado. Pero las tiene. Pues bien, yo empecé a trabajar en la CIA sin pasar por ninguna de esas escuelas. Simplemente, un querido amigo me enseñó algunas cositas mientras yo le hacía pequeños trabajos de tanteo. Cuando me presenté, me ofrecí para llevar a cabo una misión en la que nuestros mejores hombres estaban fracasando, dijeron: no se la puede admitir, es demasiado joven, demasiado hermosa, demasiado llamativa… Además, es una mujer.

—Qué inteligentes, ¿verdad? —ironizó el ruso.

—No demasiado, lo sé. Bien, me encargué de aquella misión, la terminé, y volví a la Central. Parece ser que se alzó alguna voz

sugiriendo que yo había tenido suerte, y que, de todos modos, si iba a continuar con la CIA, sería conveniente que pasase por una de las escuelas…

—Tú te negaste, naturalmente.

—De ninguna manera. Yo soy muy disciplinada…, así que fui a la escuela. A los diez días, los «profesores» de la escuela estaban hartos de mí. Dijeron que mi permanencia allí era lo mismo que si un empleado del zoológico se empeñase en enseñar a los micos a saltar por las ramas de los árboles. De modo que me… expulsaron, me dijeron que fuese de cuando en cuando para estar al día en pequeñas cosas tales como armas, electrónica, venenos y cosas así, y que con eso bastaba.

—Admirable. ¿Cada cuánto tiempo pasas actualmente por la escuela?

—Nunca. No me dan tiempo. Algunas veces, cuando llego a casa me están esperando al pie de la escalerilla del avión con otro pasaje, y…

—Llega otro coche —volvió a informar Simón.

—Pues más invitados —dijo Baby.

En efecto. Más invitados. Esta vez eran cuatro. Dos hombres y dos mujeres, también vestidos de noche. Y muy poco después aún llegaron más invitados. Y más, y más…

En un intervalo de quince minutos llegaron, en total, treinta y seis invitados. Dieciocho parejas. Y eso fue todo Por turnos, Baby, Simón y Kevichian fueron utilizando los gemelos para mirar hacia el yate, con la esperanza de que alguno de ellos supiese distinguir algún detalle importante. Pero no. No había ningún detalle importante. Los invitados estaban distribuidos por todo el yate, y algunos debían haber entrado en las cabinas… Paseaban, fumaban, bebían…

—Parece que lo están pasando muy bien —dijo Kevichian, bajando los gemelos.

—¿Y si aquellos tres tipos hubiesen mentido? —refunfuñó Simón. Quizá nos dieron el nombre de un yate que no tiene nada que ver con ese israelita.

Baby y Kevichian cambiaron una sombría mirada, porque a fin de cuentas, Simón acababa de exponer sus propios pensamientos.

—Me parece que nos precipitamos en matarlos —dijo Fedor.

—No —dijo Brigitte—. Están bien muertos. Y ése tiene que ser el yate de Saúl, o de algún cómplice. Toda esa… fiesta debe tener una justificación.

—¿Quiere que me dé una vuelta por ahí? —propuso Simón.

—La brisa del mar siempre es buena, Simón. Pero cuidado no vaya a pillar usted un resfriado.

—Entiendo. Hasta ahora.

El espía americano salió del coche.

… Y regresó veinte minutos más tarde. Volvió a sentarse atrás, y sonrió ceñudamente.

—Adivinen qué está pasando en ese yate.

—Algún cumpleaños —dijo Brigitte.

—No. Están filmando una película.

—¿Qué? —se pasmó Kevichian.

—Una película. Un filme, demonios.

—Por lo menos, no es de indios —murmuró Brigitte—. Una película… Fantástico. Pero no hemos visto focos, ni cámaras, ni…

—Es un ensayo general. Las escenas nocturnas del yate se filmarán mañana por la noche, en alta mar, según parece. Están esperando la llegada del protagonista del héroe.

—¿Y quién es? —sonrió secamente Baby—. ¿Charles Bronson?

—No sé. Pero a mí me gusta Charles Bronson.

—Sí… Es un feo con garra. ¿Quiénes son todos ésos, entonces? ¿Los figurantes, los extras?

—Exactamente.

Kevichian comenzó a mascullar algo rápidamente, muy irritado, mientras Baby quedaba reflexiva. Por fin, asintió con la cabeza, como dándose la razón a sí misma, y señaló a Simón.

—Llame a nuestro punto central en Atenas, Simón. Quiero que nos digan cuanto antes dónde se halla exactamente ahora el transatlántico *Queen Elizabeth* II. Que se pongan en contacto con los puntos costeros… Que se las arreglen como quieran. Llame.

Simón obedeció, pasando las instrucciones de Baby. La respuesta fue que esperase.

Y sólo tuvieron que esperar doce minutos hasta que la radio del espía emitió su zumbido de llamada, que admitió en el acto.

—¿Sí?

—¿Eres el niño que está con mamá? —preguntaron.

—En efecto —sonrió Simón.

—Dile que la niñera está en camino hacia su destino, pero que aún tardará un poco. No hace mucho pasó por Malta para ver a un pariente.

—Bien. Es todo —Simón cerró la radio, y añadió—: El barco está a la altura de Malta ahora.

—Sí, lo he entendido. A la altura de Malta —una extraña y dulce sonrisa pasó fugazmente por los sonrosados labios—. Es una hermosa isla. Mmm… ¿Pongamos unos ochocientos kilómetros entre Malta y Atenas?

Kevichian asintió, añadiendo:

—Más o menos, la distancia necesaria para que inviertan un día completo de navegación. O sea, que dentro de veinticuatro horas, más o menos, el *Queen Elizabeth* II pasará a la altura de Atenas… Y ese yate, dentro de veinticuatro horas, estará en alta mar… con sus ocupantes dedicados a la filmación de una película. Es interesante.

—Sí… ¿Tú hablas griego, Fedor?

—Pues… Bueno, muy poco, la verdad. Estuve seis meses en Atenas hace un par de años.

—Será suficiente…, espero.

—¿Suficiente… para qué?

—Para hacer nuevas amistades.

Él se llamaba Aleko Tadapoulos, y ella Frida Makaros. No estaban casados. Eran solamente amigos, pero en verdad, muy amigos. Tan amigos, que cuando terminó el trabajo en el yate, donde habían bebido y comido cosas buenas hasta hartarse, decidieron que tan excelente amistad debía ser celebrada cumplidamente.

De modo que Aleko le hizo la proposición a Frida al oído, y ella rió alegremente. ¿Por qué no? ¿Por qué no ir a la habitación del simpático y apasionado Aleko? ¡La fiesta podía continuar allí muy estupendamente!

Y parecía que así iba a ser, porque en cuanto cerró la puerta de su cuarto en aquella pensión, Aleko se encaró con Frida, y le dijo, un poco tartajeante:

—Hala, desnúdate, que jugaremos.

Frida rió…, y aún rió más cuando Aleko, riendo, sacó la botella de champaña que había llevado bajo el esmoquin para sacarla de

contrabando del yate.

—Estamos borrachos —dijo Frida.

—Es verdad —fue sincero Aleko—… Pero desnúdate.

—Bueno.

Frida era una chica obediente, y complaciente. Se quitó la ropa, alzó los brazos para mesarse los negros cabellos, y movió las caderas…

—Estás muy gorda —dijo Aleko—… pero me gustas.

—Tú también me gustas a mí. Debimos hacer esto hace ya tiempo.

—Lo haremos ahora. Jugaremos a…

La llamada a la puerta dejó a Aleko mudo, parpadeante, muy intrigado, reflexivo. Sacudió la cabeza, dio otro paso hacia Frida…, y la llamada volvió a sonar.

—No hagas caso —volvió a balancearse Frida.

—Vaya que sí… Es mejor terminar de una vez. Oye, ponte detrás de la puerta, que no te vean.

—A mí no me importa que me vean —rió ella.

—No busques jaleos, o te pego un botellazo —gruñó él.

Frida se fue al lugar indicado, y Aleko se colocó ante a puerta.

—¿Quién es? —mascullό.

—Del yate *Marathon* —dijo una voz de hombre.

El pobre Aleko respingó, y miró la botella que tenía en una mano. ¿Se habrían dado cuenta de que había robado una botella? Bueno…, ¿y qué? ¿Qué podía importarles a los del yate una botella si las gastaban como si fuese agua? Debía ser algo importante… Así que tendió la botella a Frida, y abrió la puerta.

Sí, señor.

Tenía que ser algo muy importante, porque de otro modo, el hombre que había allí no tenía por qué apuntarle con una formidable pistola. Aleko abrió la boca, pero el visitante dijo:

—Adentro.

Lo empujó con la mano izquierda, entrando a su vez. Detrás de él apareció una hermosísima muchacha rubia, de ojos verdes, que también entró en el cuarto y cerró la puerta. Entonces, quedó visible Frida, desnudita, con una botella de champaña en las manos. La rubia sonrió despectivamente, se acercó a Frida, y le quitó la botella de champaña.

—Todavía está bastante fresco —dijo, en un idioma que ni Aleko ni Frida entendieron—. Buscaré un par de vasos. Aunque deben estar sucios, si hay. Este es un lugar repugnante.

Fedor Kevichian asintió con la cabeza, se acercó a Frida, y le dio una palmadita en una cadera.

—Tú —dijo en griego—, siéntate en la cama. Y tú tamb…

Se volvía hacia Aleko, quien, al parecer, no estaba muy conforme con aquella usurpación de derechos, y se acercaba al hombre de la pistola muy agresivamente, torvo el gesto… En menos de un segundo, Kevichian se hizo una composición de lugar, y se decidió por lo más práctico: descargó un golpe en la cabeza de Aleko, con la pistola, y la borrachera del griego se convirtió en un negro, pesado, doloroso sueño. Lo sujetó con una mano, mientras con la otra colocaba el cañón de la pistola verticalmente sobre sus labios, exigiendo silencio a Frida, que parecía a punto de gritar…, pero que supo contenerse, asustadísima, muy abiertos los ojos.

Kevichian tiró a Aleko sobre la cama, miró a Frida, y ésta, con un respingo, fue a sentarse a toda prisa…

—Sí que hay vasos —dijo Baby—, pero no seré yo quien beba en ellos. ¿Un chorrito, Fedor?

—Bueno. Pero tú primero.

—Muy amable. Empieza a conversar con esta Venus.

Baby se dedicó a descorchar la botella, mientras Fedor se las arreglaba para entrar en conversación aceptablemente comprensible con la ajamonada Frida. Acercó una silla, se sentó delante de ella, y, de cuando en cuando, sonriendo, le daba una palmadita en una rodilla, como aprobando. Baby había alzado la botella, y vertía cuidadosamente un chorrito de champaña en su deliciosa boquita. Luego, la tendió a Kevichian, que bebió un sorbo, y la tendió a la opulenta Frida. Ésta vaciló, pero Kevichian insistió, y la griega acabó por sonreír. Bebió también, devolvió la botella a Kevichian, y él se lo agradeció con otra palmadita, más arriba ahora. Frida parecía empezar a encontrarse a gusto.

Y se dedicó a aceptar la conversación del ruso, mientras la bellísima rubia, sentada en una silla, los contemplaba con indiferencia.

Por fin, Kevichian asintió con la cabeza, se puso en pie, y tocó con un dedo un pecho de Frida, haciendo al mismo tiempo un

comentario que hizo reír a la griega.

—Es una golfita —dijo, volviéndose hacia Baby—. Su amigo se llama Aleko, y es un desgraciado. Dice que un tipo los contrató para hacer una película, que les pagan cincuenta dólares diarios y todos los gastos cubiertos. Y por lo que ella sabe, con los demás figurantes de la película pasó lo mismo. Tienen que estar mañana a las seis de la tarde otra vez en el yate. La película parece que va a titularse Amor y muerte en Grecia.

—Originalísimo título. ¿Qué sabe del *commando*?

—Ni siquiera sabe lo que es un *commando*. Todo lo que sabe es que le pagan bien, come y bebe cuanto quiere, y que se quedará con la ropa que utilice en la película.

—Para lo que le sirve… ¿Qué más?

—Dice —Kevichian bajó la voz, su gesto se ensombreció—… Dice que no conoce a nadie del yate, sólo a un tipo que es el que manda allá, el que da las órdenes, en griego bastante bueno… El tipo ése se llama Vladimir.

—Oh… ¿Un ruso?

—¿Y yo qué sé? Además, ¿acaso yo sería americano sólo por decir que me llamó Johnny?

—¿Quieres otro trago? —sonrió Baby.

Fedor masculló algo, bebió, y devolvió la botella a Baby, que bebió otro sorbito. Luego, tapó cuidadosamente la botella, y la guardó en su maletín…, del cual sacó un frasco de perfume, del cual, a su vez, sacó una pequeña ampolla esférica de cristal, que sostuvo cuidadosamente con dos deditos.

—¿Crees que la Venus te dirá algo más?

—No sabe nada más.

—Entonces, vámonos. Dile que se tienda en la cama cómodamente, y salgamos.

Frida obedeció, temerosa. Parecía temer más a la rubia que al hombre… Temores injustificados, porque la rubia, lo único que hizo fue lanzar la ampolla de cristal en el dormitorio y cerrar rápidamente la puerta, ya ella fuera. Pero Frida estaba dentro…, y seguiría allí, profundamente dormida, por no menos de cuarenta y ocho horas. Pero en compañía de Aleko, eso sí.

Capítulo VII

—Pero… ¿dónde está Aleko? —masculló por fin el jefe del yate *Marathon*.

—No lo sé —dijo el atlético rubio de rizado bigote—. Escuche, le he dicho lo que pasó, señor. Yo soy rumano, me hice amigo de Aleko cuando llegué aquí, nos hemos visto varias veces… Él me llamó esta mañana, y me dijo que si quería ganar cincuenta dólares diarios viniese a este yate y preguntase por Vladimir. Me dijo que tenía que venir con una chica, yo vestido de esmoquin, y ella de noche… María y yo hemos conseguido las ropas, y aquí estamos… ¿No va a contratarnos?

Vladimir, todavía fruncido el ceño, miraba de uno a otra. Eran una estupenda pareja, desde luego. Ella, también rubia, con unos sensacionales ojos verdes, y él, atlético fuerte, elegante en verdad. Claro que se veía que las ropas que llevaban habían sido alquiladas, o compradas de viejo, pero no estaban mal.

—Me gustaría poder charlar con Aleko —insistió Vladimir.

—Ya le digo que no sé dónde está, señor. Me llamó, dijo algo de una chica que se llama Frida… Yo no entiendo bien el griego todavía… Creo que dijo que se iba a hacer algo… No lo sé. Por favor, señor; nos vendrían muy bien unos cuantos dólares.

—Está bien —se resignó Vladimir—, contratados.

—¡Gracias, señor! ¿Qué tenemos que hacer?

—Ya se les irá diciendo. Es todo muy fácil… ¿Alguna vez ha trabajado para el cine, han intervenido en alguna película?

—Sí… Oh, sí, sí…

—Mentira —sonrió Vladimir.

—Le aseguro…

—Nada de tonterías. A mí no me la pega nadie… Pero no importa. Alguna vez se empieza. Id a popa, con los demás. Vamos a

zarpar muy pronto.

—¿A… zarpar?

—Esto es un barco, amigo.

—Sí, pero Aleko no me dijo que…

—Oigan, si les interesa, bien; si no, lárguense.

—No, no… Nos quedamos, sí, señor…

—Pues vayan para allá.

—Sí, señor…

La recién contratada pareja de figurantes se dirigió hacia popa, donde esperaban ya casi la totalidad de los extras para la película Amor y muerte en Grecia. Los motores del yate estaban ya en marcha, calentándose.

Faltaban cinco o seis minutos para las seis.

—Lo que no me gusta —Fedor Kevichian se apoyó en la borda— es llevar el cabello teñido de rubio. Y no te digo nada de este maldito bigote postizo que…

—Ya te acostumbrarás —sonrió Baby—. Yo también estoy caracterizada, y no me quejo. Es más que posible que Saúl venga al yate, y si estuviésemos con nuestro verdadero aspecto, nos reconocería inmediatamente.

—Ya lo sé, pero… Bueno, ¿qué digo cuando me presente con el cabello teñido de rubio ante mis camaradas?

—Di que has intervenido en una película de aventuras —rió ella —. Además, quitarte ese tinte es facilísimo: sólo tienes que lavarte la cabeza con cualquier jabón. Así de simple… Ahí llega otra pareja de figurantes. Y me parece, por los que he contado, que ya estamos todos.

—Menos Saúl.

—Ya vendrá.

En efecto.

A las seis en punto, un taxi de Atenas se detenía en el muelle, muy cerca del borde, y el israelita Saúl se apeó, pagó la carrera, y se dirigió directo al yate. Apenas lo hubo abordado, éste comenzó a separarse del muelle, mientras el recién llegado se dirigía hacia las cabinas, desapareciendo en su interior.

—Entonces —susurró Fedor—… no hemos fallado en nada, todo es cierto, él dirige esto…

—Quizá técnicamente —susurró también Baby—, pero no

económicamente. Alguien tiene que estar respaldando a Saúl.

—Pero no la MVD —gruñó Kevichian.

—Lo sé. Tampoco Estados Unidos, ni Israel, por supuesto. De todos modos —vaciló—… quizá él lleve tiempo preparando esto, y haya conseguido el dinero por su cuenta. A veces, los espías podemos meternos en el bolsillo buenas cantidades. ¿Nunca lo has hecho?

—Bueno, yo… Pues…

—¡Pero si es normal! —rió ella—. Yo le he estafado a la CIA un montón de millones de dólares.

—¿De veras? —exclamó Fedor.

—Por supuesto. ¿Quieres alguno?

—¿Algún qué? ¿Algún millón de dólares?

—Claro.

—¿Me darías… un millón de dólares?

—O más, si lo necesitas. Personalmente, quiero decir; no para la MVD, comprende. Sería gracioso.

Fedor Kevichian ya no podía dudar más: estaba trabajando codo a codo con la agente Baby. Y ella le estaba ofreciendo un millón de dólares, o más, si los necesitaba…

—No… No necesito dinero, gracias. Y ahora comprendo por qué nunca te han cazado…, ni te cazará nunca nadie.

—Oh, eso es pura suerte…

—No. ¡Nada de suerte! Eres… extraña. O quizá el extraño, el loco sea yo, porque… Bueno, es asombroso —se echó a reír—. ¡Estoy trabajando contigo tan a placer como si fueses la mejor de las compañeras que pudiese haberme enviado el Directorio! Decididamente, debo estar loco.

—Yo también estoy un poco loca, no te preocupes.

Fedor Kevichian alzó las cejas, y se echó a reír otra vez. Ella le miró con expresión regocijada, y le guiñó un ojo.

—¿Qué tal si vamos a hacer nuevas amistades?

Hacia las nueve de la noche, habían hecho muchas amistades, llegando a una conclusión, al menos: tal como había dicho Frida a Kevichian, todos aquellos figurantes eran gente reclutada en Atenas y El Pireo, que no sabían nada de nada, excepto que les daban cincuenta dólares por sesión por no hacer nada, que era precisamente a lo que ellos y ellas estaban acostumbradas.

Aventureros de poca monta, que comían a toda boca, como cerdos, y bebían como fuese el único objetivo de sus vidas.

En cubierta se había instalado un potente tocadiscos, y la música debía llegar muy lejos, mar adentro. No parecía haber ninguna embarcación cerca del *Marathon*, que se deslizaba velozmente sobre las negras aguas, como una blanca bola llena de colores, de luces que hacían palidecer las de las estrellas.

Por supuesto, las bebidas corrían ya a verdaderos ríos, y dos docenas de botellas vacías habían partido ya hacia el fondo del mar. Una muchacha que hablaba griego con gracioso acento francés, de Marsella, estaba iniciando una sesión voluntaria de *strip-tease*, contoneándose al compás de la música…

—Interesante *commando* —dijo Fedor, acercándose a Baby con una botella en la mano.

—¿Has visto algo que parezca peligroso?

—No. Si en este yate hay cañones o lo que sea, deben ser de juguete. Y he mirado bien. ¿Y tú?

—También. No hay nada, desde luego. Pero vamos acercándonos a la ruta del *Queen Elizabeth*, supongo que has pensado en eso.

—Sí… No lo entiendo. Esta gente no es capaz ni de robar un bolso a una vieja. Y sin embargo, nosotros sabemos que pretenden hundir el transatlántico… No lo entiendo, de veras.

—No creo que nadie en este yate sepa nada, excepto Saúl.

—Podríamos preguntarle —sonrió Kevichian.

—Buena idea. Yo me encargo de eso: tú sigue dando vueltas por aquí.

—Un momento, un momento —se sobresaltó el ruso—… Lo de ir a preguntarle a Saúl era una broma. Nuestra situación…

—Eso está resuelto, Fedor.

—Sí, pero…

—No te preocupes por mí. Te pondrían una multa en tu Directorio. Estaré dentro.

Se alejó del sobresaltado ruso, directamente hacia las cabinas. De pasada, recogió una botella de champaña y guiñó un ojo a uno de los tripulantes del yate…, que partió apresuradamente tras ella con expresión felicísima. La alcanzó en el pasillo, y la sujetó por la cintura, comenzando a murmurar palabras que la espía no entendió, pero iniciando un manoseo que sí era inevitable entender.

—¡Quietas las manos! —se las sacudió ella, gritando en inglés.

El marino no debía entender el inglés, porque insistió en seguir el juego…, hasta que un botellazo lo derribó fulminado en el centro del pasillo. Inmediatamente, Baby abrió la puerta de uno de los camarotes, asió al hombre por un pie, y lo arrastró dentro. Cerró la puerta, encendió la luz, y registró al hombre… Su documentación griega parecía verdadera, y no llevaba ni siquiera un pequeño cortaplumas.

Fruncido el ceño, Baby recogió la botella, que había resultado mucho más dura que la cabeza del marino, y volvió al pasillo. Al mismo tiempo, se abría la puerta de otro camarote, y aparecían dos de los figurantes, un hombre y una mujer, ella todavía poniéndose el vestido, riendo. La miraron maliciosamente, y se dirigieron a cubierta, riendo.

—¿Esto es un *commando*? —se preguntó una vez más Baby.

Comenzó a abrir puertas, encendiendo la luz del camarote de tumo y echando un velocísimo vistazo. En dos de los camarotes, encontró a otras tantas parejas, viviendo su propia aventura de amor, que no de muerte…

Y por fin, apenas iniciado el empujón a una de las puertas, vio la luz, y comprendió que no tenía que seguir buscando. En aquel camarote, sentado en el borde de la litera, fumando, estaba Saúl, que se puso en pie rápidamente, mirándola irritado.

—Fuera de aquí —gruñó.

No había nadie más en el camarote, y era fácil comprender que Saúl estaba esperando. Esperando lo que fuese. Pero no a ella, ciertamente. Sin embargo, la bella rubita cerró la puerta a su espalda, se llevó un dedito a los labios, y dijo:

—¡Ssssst!

Y ante el momentáneamente desconcertado Saúl, sacó una larga boquilla de marfil con brillantitos del escote, se la puso en la boca, y rió, divertida.

—¿Tú tienes *cigarito, per* favor? —pidió.

—No tengo nada —reaccionó Saúl—… ¡Largo de aquí!

—¿No tiene tú *cigarito*?

—No. ¡Fuera!

—Tú no tiene *cigarito*, no tiene focos ni cámaras film… Tú no tiene *polícola*, no tiene nada… Yo tiene burbujas para ti… Pero tú

no tiene *polícola* en yate… *Okey*, *mio amore*?

Saúl se acercó rápidamente a ella, crispado el rostro por la rabia, alzando ya el puño derecho. Todo su aspecto, su gesto, era furioso, irritadísimo, impaciente…, pero la rubita que parecía borracha, se colocó de lado con respecto a él, alzó prodigiosamente la pierna derecha, y la disparó, como un émbolo. El talón dio en el estómago de Saúl, que lanzó un berrido, se llevó ambas maños allí, y cayó de bruces, encogido, demudado el rostro. La rubita dio un gracioso pasito hacia él, y como todavía se agitaba en el suelo, le golpeó ahora con el empeine del mismo pie, en la barbilla. Saúl dio un corto salto, volvió a caer, y ya no se movió.

—Tú no tienes nada de resistencia —dijo la rubita—… Nada, nada, nada de resistencia.

Dejó la botella en el suelo, y giró sobre sí misma, mirando a todos lados como si su mirada fuese capaz de atravesar las paredes. Esto era imposible, por supuesto. Pero el veloz examen dio fruto muy rápidamente. Primero, Baby examinó el armario; luego el único sitio donde podía esconderse algo del tamaño que ella buscaba. Se acercó a la litera, alzó las ropas, y miró debajo. Allí estaba la radio, y, en efecto, Saúl había estado esperando algo con impaciencia. Una llamada…, ¿de quién?

Tiró de la radio, sacándola de debajo de la litera, y se quedó mirándola. Se pasó una mano por la boca, pensativa, preocupada. Luego, recogió la botella de champaña, le quitó la malla de alambre al corcho, y la sacudió. Quitó el corcho, que casi escapó de sus dedos por la fuerza de la salida, y dirigió el chorro de espuma hacia la cabeza de Saúl. Pareció que éste no fuese a reaccionar, pero, de pronto, se sentó, sacudiendo la cabeza, las manos…

Luego, empapado en champaña, se pasó las manos por la cara, mientras notaba algo que recorría su cuerpo… Abrió por fin los ojos, vio a la rubia, y lanzó una maldición, llevando la mano al sobaco izquierdo.

—La tengo yo —mostró la pistola la rubia, de pie ante él—. Y he visto la radio. ¿Quién ya a llamarte y qué va a decirte?

Saúl la contemplaba con los ojos muy abiertos. Tanto, que parecía que fuese imposible abrirlos más… Pero no fue imposible. A medida que la comprensión iba penetrando en su cerebro, los ojos se abrían más, y más…

—¡Baby! —exclamó de pronto.

—Hola —sonrió ella—. Como ves, soy tan embustera como tú: no estoy muerta. Pero lo estaría si no hubieses querido ser tan orgulloso… Querías que antes de morir supiese que eras tú quien lo estaba dirigiendo todo en Istambul, ¿verdad?

—Parece… que cometí un error.

—Varios. Pero el más importante fue ése. Si Alexei no hubiese estado en la lancha, yo habría explotado con ella. Oh, me refiero al ruso que mataste allí, ¿comprendes? No se llamaba Boris, como quisieron… bautizarlo tus tres amigos ya que no sabían el nombre verdadero, sino Alexei. Claro que para convencerme a mí de que todo era cosa de los rusos lo mismo daba decir Alexei que Boris… No eran muy listos tus tres amigos.

—¿Los ha encontrado?

—Claro. Y por medio de ellos, a ti. Vamos, vamos, Saúl: ¿no te alarmaste cuando ellos no aparecieron en el yate?

—Creí que…, que habían tenido alguna dificultad para salir de Istambul, y que seguían allí.

—Pues no. No. No están en Istambul. Y nosotros tampoco —sonrió—. Dime, Saúl: ¿qué estamos haciendo aquí? ¡Oh!, ya sé que quieres hundir el *Queen Elizabeth*, pero…, ¿cómo? ¿Y por qué? Tus amigos dijeron que era por patriotismo, pero… no entiendo esa clase de patriotismo. ¿Podrías tú explicármelo?

—Usted es norteamericana…

—Pues… sí.

—No parece muy segura.

—Oh, lo estoy, lo estoy… Pero conmigo sucede algo curioso en verdad: mi madre era francesa, mi padre alemán, mis parientes paternos eran alemanes de origen y ciudadanos norteamericanos, mi familia materna creo que también era francesa, la mayor parte de mis amigos son norteamericanos, pero también tengo otros muchos amigos en todo el mundo; hablo inglés, francés, alemán, español, portugués, italiano, ruso, estoy aprendiendo el chino… ¿Norteamericana? *Okey* —sonrió—, mi pasaporte oficial auténtico es norteamericano, Saúl. Soy ciudadana de los Estados Unidos de América. Ahora, dime algo que me convenza, y seré también israelita… O bantú, o árabe, o hindú, javanesa, colombiana… O esquimal. Dame una sola razón que me convenza de que algún país

tiene razón, y podrás contar conmigo hasta la muerte. Estoy esperando. Y soy capaz de entenderlo todo.

—Empezaremos por una pregunta —murmuró Saúl—: ¿quién cree que tiene razón en todo esto? ¿Los árabes… o Israel?

—Eso lo tengo decidido hace tiempo: ninguno.

—¡Los árabes son unos…!

—¡Ninguno! Pero mi mente no es la tuya, Saúl… De todos modos, quizá todavía podamos llegar a un acuerdo. Convénceme. ¿Cuál es tu patriotismo? Porque, equivocado o no, yo puedo admitir el patriotismo, pero nunca la traición. Explícame tu patriotismo.

—Bien —Saúl se pasó la lengua por los labios, que tenían sabor a champaña—… Vamos a considerar las cosas desde el punto de vista de mi país. ¿De acuerdo?

—Es un buen punto de partida. Sigue.

—Israel es, posiblemente, el país con más censo de población fuera que dentro de sus fronteras. Hay judíos en todo el mundo. La mayor parte de ellos, se esfuerzan en ocultar que son judíos. Otros, lo admiten. Muy pocos, envían ayuda a Israel. Pero, en todo caso, los que están fuera de la patria no saben nada de angustias, ni de miseria… ¿Quiere que hablemos de los seiscientos israelitas que viajan en el *Queen Elizabeth*? De acuerdo. Todos son millonarios, y van a Israel, para tomar parte en la celebración del vigésimo quinto aniversario de la fundación de la patria… Muy elogiable. Pero…, ¿qué hacen esos seiscientos cincuenta judíos por Israel?

—No sé. ¿Lo sabes tú?

—Lo sé. No hacen nada. Nada. Ellos dicen que son verdaderos patriotas… Pero mientras tanto, tienen sus fortunas en otros países. La mayor parte tienen legadas esas fortunas a Israel si ellos fallecen… Ellos y todos sus familiares, claro. Pero mientras quede vivo un solo miembro de su familia, Israel no verá un solo centavo. Y ellos, y sus familiares, están viviendo en Europa, en América, como verdaderos potentados… ¿Qué hacen por la patria? Toman un transatlántico de lujo, con piscina, bares, espectáculos, cocina internacional; lujo por todas partes… Un viaje de placer. Para ellos, el vigésimo quinto aniversario es sólo eso: un pretexto para seguir disfrutando una bella vida. Asistirán a los festejos, y luego volverán a Inglaterra, donde seguirán manejando sus negocios, sus millones, invirtiéndolos en un país extranjero. Y yo pienso: ¿no estaría mucho

mejor ese dinero invertido en la patria?

—Es una idea digna de estudio —admitió Baby.

—Lo es. Pero vaya usted a decírselo a ellos… Le dirán que está loca. ¡Oh, sí!, aman mucho a Israel…, pero se aman más a sí mismos. Su dinero es de ellos y para ellos…, y para Inglaterra, por ejemplo. Y deberían… Sí, deberían volcar toda su ayuda económica en la patria. Pero no lo harán… Ninguno de ellos lo hará…, a menos que muera. Tiene que morir el jefe de la familia… y todos sus familiares.

La divina espía había palidecido bruscamente.

—¿Quieres decir que piensas matar a todas esas personas para que el dinero de ellos vaya a parar a Israel?

—¡Sí! ¡Eso es lo que pienso hacer, lo que quiero hacer! Morirán seiscientas cincuenta personas, pero…

—Mil.

—¿Mil?

—En ese transatlántico hay más personas, destinadas a atender todos los servicios.

—Ah… Bueno, es cierto. ¿Y qué importa? Está bien, mil personas. Pero la lección no va a olvidarla nunca nadie. Todos esos israelitas que nada hacen realmente por la patria, van a morir, y su dinero irá a parar al fondo de Israel, puesto que todos los familiares van a morir con ellos… ¡Muchos millones de libras esterlinas! Israel necesita dinero… Pero, además, todos los demás judíos de todo el mundo van a aprender la lección: ¿de qué les sirve el dinero si los árabes, apoyados por los rusos, pueden aniquilarlos en cualquier momento? Volverán… Todos volverán a casa, con su dinero, con todo… ¡Todos vendrán a la patria! ¿Entiende ahora mi patriotismo?

—Sí —mintió Brigitte, tragando saliva—… Claro. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con un submarino ruso?

—Ah —Saúl sonrió alegremente—… ¡Esa es la gran jugada maestra! ¡Los rusos y los árabes cargarán con toda la culpa de lo que sucede!

—Entiendo eso, pero no cómo vas a conseguirlo.

—Soborné a dos marineros rusos en Fener, en el mar Negro. ¿Recuerda el gas… de baja calidad que utilizaron contra usted? Pues bien: dos marineros rusos de un submarino ya deben haberlo esparcido en su nave… En estos momentos, un submarino ruso se

ha ido al fondo, sin mandos… No les pasará nada. Solamente que, durante un tiempo, debido al sueño de la tripulación y a las consiguientes averías técnicas por abandono de mandos, ese submarino va a permanecer sumergido quizá durante veinticuatro horas… Es decir, que la vigilancia de los servicios secretos mundiales notará la ausencia de un submarino ruso en la flota… ¿Qué creen que pensarán cuando se enteren todos de que el *Queen Elizabeth* ha sido hundido por un torpedo nuclear?

—Creerán que eso de la avería es una patraña rusa, y que ha sido ese submarino, alejándose de su flota, el que ha disparado el torpedo contra el *Queen Elizabeth* —murmuró Brigitte.

—¡Exactamente! Luego, dirán que el submarino simulará haber reparado la avería, y que vuelve a la superficie… Pero nadie creerá a los rusos. ¡Nadie!

—Yo sí.

—Oh, pero usted me entiende, ¿verdad? ¡Usted está de mi parte, Baby, usted es norteamericana, amiga de Israel…!

—Así es. Soy amiga de Israel…, y de todo el mundo. En especial, de Israel —se apresuró a mentir—… Y tu idea, en el fondo, no me parece mala, Saúl. Pero puesto que realmente el submarino ruso no va a hundir el *Queen Elizabeth*, no veo cómo…

—¡Eso está solucionado! En estos momentos, una lancha está navegando a nuestro encuentro, ya muy cerca… ¡Tiene que estar cerca, van a llamarme por radio de un momento a otro! —señaló la radio.

—¿Y esa lancha… llega remolcando un torpedo nuclear?

—¡Sí!

—¿De dónde lo has sacado? ¿Cómo has conseguido ese torpedo? ¿Y cómo vas a dispararlo?

—Lo compré —sonrió Saúl—… ¡Lo tengo todo preparado hace tiempo!

—Sí, pero ¿cómo y dónde compraste…?

En aquel momento, sonó la llamada en la radio.

Capítulo VIII

Los dos se volvieron a mirarla. Y Saúl la señaló.

—Ahí están… ¡Llegan con el torpedo! ¿Está de mi parte o no?

—Lo estoy…

—¡Déjeme que atienda esa llamada, que les diga que pueden acercarse con el torpedo!

—Por supuesto, Saúl. Adelante.

El israelita se precipitó hacia la radio, y estuvo hablando un par de minutos, excitado… Había gotas de sudor en su rostro, un gesto fanático, un rictus de invencible determinación… Cuando terminó, cerró el contacto, y miró con exaltada sonrisa a la espía internacional.

—Llegarán muy pronto —jadeó—… Hace rato que nos han avistado, sólo querían asegurarse de que todo iba bien.

—Todo va muy bien… Pero aún no me has dicho cómo vas a disparar el torpedo, Saúl.

—Lo vamos a colocar al costado del yate. Su mecanismo de disparo es muy simple, automático… El yate va a seguir navegando hacia la ruta del *Queen Elizabeth*. Cuando lo avistemos, pondré en marcha el mecanismo de disparo. Luego, nos iremos acercando, y cuando estemos a distancia tal que el disparo no pueda fallar, soltaré el torpedo…

—Los barcos de la escolta nos harán papilla.

—¡No! —rió Saúl—. ¿Por quién me toma? La lancha dejará el torpedo pegado al casco del yate, y se irá. Hecho esto, comprenderá que todo va bien, y se alejará.

Por la radio, llamará al helicóptero, que vendrá a recogerme…, a recogernos. Nosotros nos iremos.

—¿Y los del yate? Ese Vladimir, todos los que creen que estamos haciendo una película…

—¡Seguirán creyendo que se trata de una película!

—Pero los barcos de guerra los destrozarán…

—Oh, no. No será necesario… Un minuto después de que nosotros nos alejemos en el helicóptero, es decir, cuando el torpedo esté ya llegando a su destino, el yate estallará. Todo previsto… ¿Y sabes qué dirá el mundo?

—¿Qué dirá?

—Que el submarino ruso fue avistado por los pacíficos ocupantes de un yate, y que lo hundieron. ¿Comprendes por qué utilizo el yate?

—Es decir, que todas las personas que hay en este yate de cobertura, también van a morir.

—Son escoria.

—Eso es cierto. Pero no era necesario utilizar el yate. Sólo con la lancha y el helicóptero podría haberse evado a cabo el plan.

—No, no… El torpedo precisa una base más sólida para ser disparado, para poder tenerlo firme en el momento del disparo. Una lancha es poco. Hacía falta un yate, o la línea de tiro sería incierta, el torpedo partiría en zigzag…, y cualquiera sabe adónde iría a parar.

—Ya. Bueno, Saúl… Parece que lo has previsto todo. Sólo una cosa tengo que reprocharte.

—¿Qué cosa?

—Debiste ponerme al corriente de tus planes inmediatamente, y las cosas se habrían simplificado. O, en todo caso, yo te habría ayudado, tanto en Istambul como en Atenas, para que todos los datos de este asunto acusasen a los rusos. Soy una experta en esas cuestiones, te lo aseguro.

—Ya no importa. Además, los informes conocidos sobre usted no me parecían convenientes a mis intenciones.

—Siempre se habla, se habla, se habla… Y cuanto más se habla, más se exagera. En general, siempre busco el beneficio de todos…

—Es me dijeron —frunció el ceño Saúl.

—… Pero, puestos a elegir, como en este caso, busco el beneficio de mis amigos, como es lógico. Por otra parte, Estados Unidos está prestando demasiado dinero a Israel… Quizá con este asunto Israel consiga una buena cantidad, y deje de pedir. Incluso es posible que devuelva algo.

—Veo que ha comprendido la idea —brillaron los ojos de Saúl.

—Perfectamente. Y creo que será mejor que subamos a cubierta, para esperar la lancha. Toma tu pistola —se la devolvió—... Pero será mejor que la guardes. Si alguien de arriba te ve armado, todo podría complicarse. Y tus planes son demasiado buenos para cometer un estúpido fallo ahora.

Saúl tomó la pistola, y se quedó mirando incrédulamente a Baby. De pronto, le apuntó al pecho, separados por menos de un metro de distancia.

—Podría matarte ahora —jadeó.

—¿Matarme? —se sorprendió ella.

—No es posible que estés de mi parte... Te he estado explicando todo porque no tenía más remedio, he simulado confiar en ti, o ser un pobre idiota, esperando una oportunidad de sorprenderte... Y ahora, tú me devuelves la pistola. ¿Por qué?

—Saúl..., ¡ya te lo he dicho! ¡Estoy de acuerdo contigo, estoy de tu parte!

—No soy ningún imbécil.

Baby frunció el ceño, y lo miró fríamente.

—Pues yo creo que sí. ¿Dices que puedes matarme ahora? Muy bien. ¿Acaso yo no he podido matarte a ti? Y en cambio, te he devuelto la pistola... ¿Qué más quieres, qué más esperas de mí? Si ése hubiese sido mi deseo, estarías muerto hace rato. Es más, este yate ni siquiera habría salido de El Pireo, porque he dejado allí hombres suficientes para haberlo impedido. Pero... me dije que estabas tramando algo que perjudicaría a los rusos, tenía que entender eso... Y quise saber qué era antes de ofrecerte mi ayuda. ¿Desconfías de mí? Muy bien, pobre desdichado —los sonrosados labios se curvaron con desprecio—... Dispara. Estás a punto de perder a la mejor aliada que podrías encontrar en todo el mundo.

—¡No puedo confiar en ti!

—Pues dispara. Los dos perderemos algo. Yo, la vida. Tú, la ayuda de Baby y de cientos de amigos para el futuro, que podrían ayudarnos con dinero y de muchos modos más. Eres un pobre estúpido, Saúl. En cuanto a mí, me está bien empleado esto: desde el primer momento dije que eras demasiado joven... Dispara.

Saúl se pasó la lengua por los labios, mientras alzaba la pistola, que quedó apuntada al pecho de Baby. Durante unos segundos, estuvo así, inmóviles ambos... Por fin, Saúl bajó el arma, y musitó:

—Vamos arriba. La lancha debe estar a punto de llegar.

—De acuerdo —suspiró ella.

—Te has jugado la vida de un modo… espeluznante —sonrió Saúl.

—Estoy acostumbrada —sonrió también ella—. Dime dónde está la carga que ha de hacer explotar el yate, y yo misma…

—Llegará con el torpedo, y quedará pegada al casco del yate. No te preocupes por eso… Vamos arriba. ¿Estás sola en el yate?

—¿Sola…? Oh, entiendo. Sí, desde luego.

—Bien.

Cuando llegaron a cubierta, la lancha estaba tan cerca del yate que ya había parado el motor, mientras convergía hacia él por delante, diagonalmente. Saúl gritó a Vladimir que parase también los motores del yate, en pocos segundos, todo quedó en silencio. Sólo se oía el mar contra el casco del yate, porque los divertidísimos figurantes en la película Amor y muerte en Grecia habían dejado de comer, beber, cantar, bailar y todo lo demás, como si de pronto se hubiesen despejado, tomando conciencia de que esperaban de ellos que se ganasen los cincuenta dólares diarios…, oportunidad que muy pocas veces en su vida habían tenido a su alcance. Alguien eructó, se oyó una maldición, un golpe seco; luego, una botella vacía, una más, salió disparada hacia el mar, por el lado opuesto al que se iba aproximando la lancha.

Mezclado entre los demás, Fedor Kevichian miraba a Baby fijamente. Había hecho intención de acudir junto a ella, pero un solo gesto de la espía fue suficiente para hacerle comprender que no debía intervenir.

Finalmente, la lancha quedó pegada a un costado del yate, y Vladimir, que había estado escuchando atentamente a Saúl, comenzó a dar explicaciones a los figurantes, que le escuchaban muy atentamente, pero con los ojos turbios y un gesto estúpido en el rostro…

—Vladimir lo está haciendo muy bien, seguramente… —dijo Baby a Saúl—. Pero me temo que la película sería un fracaso. Por cierto: ¿sabe Vladimir la verdad?

—Claro que no. Para él sólo soy un millonario…, un poco peculiar, que le está tomando el pelo a toda esta gente.

—¿Qué quieres decir?

—Me considera un pervertido, un tipo que quiere conseguir fotografías tomadas con luz negra. Fotografías de hombres y mujeres que… Bueno, ya me entiendes.

—Oh, sí. ¿Es ruso?

—No. Espera aquí; voy a bajar a la lancha para dirigir la operación, y activar el mecanismo del torpedo.

—Está bien. ¿Seguiremos luego navegando al encuentro del *Queen Elizabeth*?

—Claro. Ya debe estar muy cerca.

—Más de lo que supones, oigo los motores.

—¿Ya? —se sobresaltó Saúl.

—Me parece que sí.

Saúl se volvió hacia Vladimir, y le ordenó que callase, que todo el mundo permaneciese en silencio. Y conseguido esto, muy poco después todos comenzaron a oír el potente rugir de las máquinas de guerra. Un petardeo ahogado, que parecía llegar de todas partes: tap-tap-tap-tap-tap…

—¡Apagad todas las luces! —gritó Saúl.

En pocos segundos, el yate quedó a oscuras. Como una diminuta mancha sobre el negro mar.

Tap-tap-tap-tap-tap…, seguían oyéndose los poderosos motores Y de pronto, Baby alzó un brazo, señalando hacia el Este, donde se veían multitud de luces. Saúl lanzó una exclamación, y se dispuso a descender a la lancha. Abrió la portilla que daba acceso a la escalerilla lateral del yate, y pasó a ésta, iniciando el descenso inmediatamente. La lancha estaba casi tocando el casco del yate, y, un poco más separada, una larga y ancha balsa sobre la cual se veía un larguísimo objeto cubierto con una lona…

—Saúl… —se asomó Baby por la borda.

El israelita se detuvo a mitad de la escalerilla, alzando la cabeza.

—¿Qué…?

—Te he mentido. No puedo aprobar tus planes… Sólo quería que el torpedo llegase al yate, para destruirlo. Estás loco, Saúl. Tu fanatismo es horrible, así que… tengo que matarte.

Saúl parecía petrificado escuchando a la espía, pero, de pronto, lanzando un alarido de rabia, sacó la pistola, apuntó a la cabeza que tan perfectamente destacaba por encima de él en la borda, y apretó el gatillo. Y luego otra vez, y otra vez… Clic, clic, clic, hizo cada

vez la pistola, simplemente.

—Yo sólo me juego la vida de un modo espeluznante cuando no tengo más remedio, Saúl —dijo ella—. Le quité el cargador a tu pistola antes. Nunca has podido matarme. Yo a ti, sí.

Lo que vio Saúl no era para inquietarlo. Baby se había colocado de nuevo la boquilla de marfil y brillantitos en la boca. Eso fue todo. Pero, al instante, Saúl notaba aquel levísimo pinchazo en el pómulo derecho.

Y eso fue todo, para él. El activísimo veneno de la diminuta flecha lo mató en menos de un segundo. Sus manos inertes soltaron la escalerilla, y cayó hacia atrás, desplomándose de espaldas sobre la lancha y encima de uno de los tres hombres que había en ésta…, mientras Baby se apresuraba a apartarse de la borda, llamando:

—¡Fedor! ¡Mi maletín!

El ruso corrió hacia donde había dejado escondido Baby su maletín apenas subir al yate, lo recogió, lo abrió, sacó de él su propia pistola y la de Baby, y corrió junto a ella, tirándole la pistolita, que la espía atrapó al vuelo, mientras gritaba:

—¡Que no escape la lancha!

Abajo, se oía ya el motor de la lancha, rugiendo fuertemente, separándose de junto al yate. Los dos espías se asomaron por distintos puntos de la borda, disparando a la vez. Certeramente, mortalmente. Dos de los hombres que iban en la lancha, y que estaban vueltos hacia el yate pistola en mano, alzaron los brazos, y salieron disparados fuera, hacia el mar, desapareciendo inmediatamente, mientras Fedor Kevichian volvía a disparar, ahora hacia el último hombre, que pilotaba la lancha… El hombre soltó los mandos, y dio un extraño brinco hacia atrás, se puso de rodillas… Baby disparó entonces, y el hombre quedó fulminado en popa, encima del cadáver de Saúl.

Una de las chicas que formaban parte del elenco artístico de Amor y muerte en Grecia lanzó una carcajada, y comenzó a aplaudir, gritando:

—¡Muy bien, muy bien…!

La lancha todavía recorrió una corta distancia, hasta que el motor falló, y acabó su brevísima ruta muy pronto, frenada por el peso del proyectil remolcado.

Kevichian soltó un resoplido, y se acercó a Baby.

—¿Qué hay ahí? —preguntó.

—Un proyectil nuclear…, un torpedo. Y no me preguntes de dónde lo sacó Saúl, porque eso no me lo dijo.

—Bien… ¿Qué vamos a hacer con él?

—Hundirlo, sin activar. ¿Estás de acuerdo?

—¿Hundirlo? ¿Cómo?

—Sólo hay que destruir la balsa, y el torpedo se irá al fondo del Mediterráneo. Jamás podrá ser recuperado…, y ahí abajo, será como una piedra, como una roca más: nunca hará daño a nadie… ¿Estás de acuerdo o no, camarada?

Fedor Kevichian parpadeó, lentamente.

—De acuerdo —susurró.

—Entonces, voy a encargarme de ello. Mientras tanto, te quedas aquí, como jefe absoluto de este *commando*. ¿Bien?

—Sí… Sí, sí, bien.

—Yo creo que no hay peligro alguno en lo que voy a hacer, pero por si acaso, te explicaré todos los proyectos de Saúl, para que informes a tu Directorio, a los israelitas, y a mis compañeros de la CIA. No me defraudes en esto, Fedor… ¿Lo harás? ¿Les explicarás todo a Gat, a los míos…?

—Lo haré. Pero si hay algún peligro, yo puedo encargarme de ello.

—¿Lo harías?

—Sí.

Baby suspiró profundamente.

—De cuando en cuando, es bueno conocer un espía como tú, Fedor. Ha valido la pena. Y ahora, escucha todo lo que conseguí que Saúl me contara sobre sus planes.

Lo explicó todo, rápidamente, en ruso, contemplados ambos por los «artistas» cinematográficos, que, medio borrachos, no sabían qué hacer, y hasta empezaban a preguntarse si aquellos «actores» de la lancha no pensaban dar por terminada la escena y subir al yate. El único que tuvo un principio de reacción, fue Vladimir, pero un movimiento de la pistolita de Baby hacia él pareció servir para clavar sus pies en cubierta…

Al terminar la rapidísima explicación, Fedor Kevichian estaba pálido como un muerto.

—No olvides nada… —murmuró Baby—. En especial, tienes que

informar a Gat, el israelita.

—Sí… Ya te he dicho que lo haré. Maldita sea, ese hombre estaba loco…

—Era un fanático, más que cualquier otra cosa. Bien, voy a encargarme de ese proyectil. Si no regreso, pues… te deseo una feliz travesía de regreso a El Pireo, con tu *commando*.

—Son todos un montón de basura —sonrió Fedor.

—Es verdad —asintió Baby—. Pero todos los comandos deberían ser así; al menos, sería más divertido, ¿no te parece? Bien, allá voy… En mi maletín tengo explosivo para destrozar la balsa.

—Espera. Le diré a Vladimir que coloque el yate más cerca de…

—No, no. Sé nadar —rió.

—Pero…

Baby hizo un simpático gesto de despedida con una manita, fue adonde estaba su maletín, lo cerró, y se encaramó a la borda con agilidad de gatita. Un instante después, ante el pasmo de los figurantes, se lanzaba al agua, siempre con su maletín… Todos corrieron hacia la borda, y la vieron aparecer, y nadar con facilidad hacia la lancha, a la cual llegó muy pronto. Cuando estuvo en ella, un griterío de felicitación brotó del grupo «artístico», y alguien pidió:

—¡Música!

Se oyeron risas.

Pero Fedor Kevichian no reía. A la luz de las estrellas y la luna, veía perfectamente a su colega americana, a los mandos de la lancha, alejándose de allí. Finalmente, sólo vio cada vez menos claramente, la estela de blanca espuma, en dirección opuesta a la posición del *Queen Elizabeth* II.

Y un par de minutos más tarde, lejos, una pequeña bola roja se alzó del mar, brevemente, iluminando muchas millas a la redonda.

—Ya lo ha hecho —se dijo Fedor—. Voy a recogerla.

Pero cuando llegó allá, adonde calculaba que se había producido la explosión, no había nada para recoger: ni balsa, ni torpedo, ni lancha…, ni espía.

Nada.

Solamente, la negrura del mar, que, al parecer, se había quedado con todo.

Fedor Kevichian se llevó ambas manos al rostro.

—No… —gimió—. ¡No, no, no, no…!

Este es el final

Los dos agentes de la MVD que por la mañana llevaron a su compañero Fedor Kevichian a Ellinikon, para que tomara el avión a Istambul, estaban muy preocupados por él, porque Fedor parecía sentirse muy mal. Estaba pálido, ensimismado, y de cuando en cuando, un brusco rictus de amargura aparecía en sus labios…

—Pronto avisarán para tu vuelo, Fedor —murmuró uno.

Fedor lo miró como si no lo viese. Estaban esperando de pie, como tres estatuas, el aviso para los pasajeros del vuelo a Istambul. Desde allí, tras dejar a un camarada en la jefatura temporal del grupo, Fedor Kevichian partiría hacia Moscú…

—Ah, Moscú —sonrió el otro, intentando alegrarle el ánimo—… ¡Moscú en primavera, Fedor!

—Sí… Moscú en primavera —susurró él.

—Vas a recibir muchas felicitaciones por todo. Sobre todo, porque tu informe aclarará lo sucedido a uno de nuestros submarinos, y encontraremos a los dos traidores que esparcieron el gas.

—Muchas felicitaciones —añadió el otro—… Y aunque en lo personal yo no tenía nada contra ella, parece que habrá festejos en el Directorio por la muerte de Baby. Indirectamente, este acontecimiento también se deberá a ti, camarada. Enhorabuena.

Fedor Kevichian se mordió los labios, y desvió la mirada, quizá porque estaba notando que se le nublaba. Era como si en lugar de hacer un sol radiante, el cielo estuviese lleno de enormes nubarrones negros. ¿Enhorabuena, decía su camarada? Muy bien, pero… ¿qué pensarían sus camaradas si él les dijese que habría preferido encargarse personalmente del hundimiento del proyectil…?

Al desviar la mirada, había visto a la anciana, pero tardó unos segundos en darse cuenta de que ella estaba haciendo señas hacia

ellos tres. La anciana, al ver que por fin se le prestaba atención, insistió en sus gestos, y Fedor alzó las cejas, con gesto perplejo, miró a ambos lados, y finalmente, se tocó el pecho con el pulgar, interrogante el gesto. La anciana asintió, y Fedor, tras vacilar, murmuró algo y se encaminó hacia ella. Mientras lo hacía, se dijo que era una anciana… notable. Cabellos blanquísimos, vestida completamente de negro, elegante, señorial… Debía tener unos setenta años, y sus piernas no debían estar muy firmes, porque se apoyaba en un bastón con rica empuñadura de plata…

—Francesa —se dijo Fedor, con la fina intuición del espía—… Tiene que ser francesa.

Y no se equivocó, porque cuando llegó ante la dama, ella preguntó; en francés:

—¿Habla usted francés, *monsieur*?

—Un poco, *madame* —murmuró el ruso, también en francés—. ¿En qué puedo servirla?

—¡Oh!, es que… Bueno, tengo que tomar el próximo avión a París, y no entiendo lo que dicen los altavoces… *Monsieur*: ¿ha oído usted el anuncio de ese vuelo?

—No lo han anunciado todavía, *madame*.

—Gracias a Dios… Espero no haberle molestado, *monsieur*.

—No —susurró Fedor—… No, *madame*.

—Es que… parece usted tan triste… Y además, he recurrido a usted porque… Bueno, va a parecerle una tontería, pero creo conocerlo de algo… ¿No nos hemos visto antes, *monsieur*? ¿En alguna fiesta, o una reunión…, o un *commando*?

Fedor Kevichian quedó petrificado, lívido. Sus ojos, abiertos, estaban fijos en los de la anciana, a través de los cristales de los lentes ovalados de ella. Unos ojos azules, que sonreían amablemente, bondadosamente…, con una pizca de simpática ironía en el fondo.

—Lo consiguió —jadeó el ruso—. La lancha no se hundió, sólo el proyectil… *Madame* usted… No, perdón. Camarada Baby, ¡lo conseguiste!

—Perdón, *monsieur*… ¿Cómo dice?

—Estás viva… ¡Estás viva!

—Pues, *monsieur*, pese a mi avanzaba edad, estoy viva, en

efecto —se sorprendió la anciana—. Y me satisface mucho que usted se alegre ¡Ah! me parece que están anunciando el vuelo a Istambul.

—¿Y qué? —rió Kevichian—. ¿Qué importa?

—Es su vuelo, *monsieur*… ¿O no?

—¿Eh? Ah… ¡Oh, sí, mi vuelo! Pero… ¿no decía usted que no entendía lo que dicen por los altavoces, *madame*?

—Curioso… —quedó perpleja la dama—. Curioso. De pronto, oigo mucho mejor. Dese prisa, *monsieur*, o perderá su avión… Le deseo un felicísimo viaje hasta Moscú…, perdón, he querido decir hasta Istambul. A veces, no sé ni lo que digo…

—Es la edad, *madame*, es la edad… ¿Puedo desearle un feliz viaje hasta Washington…, perdón, he querido decir hasta París? A veces, no sé ni lo que digo…

—Todos podemos equivocarnos —sonrió encantadoramente la anciana.

—Yo conozco a una persona que no se equivoca nunca, *madame*. La llamaremos… Baby, porque estoy seguro de que es joven, y muy bonita, dulce, casi infantil… en ocasiones. Seguramente, usted no la conoce, *madame*, pero si alguna vez la viera, dígale…, dígale que Fedor Kevichian nunca la olvidará. Adiós, *madame*.

—Adiós, camarada.

Fedor Kevichian regresó junto a sus compañeros, que le estaban haciendo señas de impaciencia, y uno de ellos refunfuñó:

—Ya han anunciado el vuelo. ¿Acaso quieres quedarte en tierra…? Oye, ¿de qué ríes ahora? ¡Cualquiera te comprende! Hace un minuto parecías medio muerto, y ahora…

—A lo mejor, la anciana le ha contado un chiste —dijo el otro—. ¿De qué hablabais?

—Pues… me ha preguntado qué hora era —dijo Fedor. Los dos agentes de la MVD se detuvieron, como súbitamente clavados al suelo. Se miraron, volvieron a mirar a Fedor Kevichian, y uno de ellos se mosqueó:

—¿Te ha preguntado la hora? ¿Y qué tiene eso de gracioso?

—Hombre… —el agente soviético señaló a su alrededor—. ¡Preguntar la hora en un aeropuerto lleno de relojes…!

—Seguramente, esa vieja es corta de vista —rió el otro.

—Apuesto a que sí… —sonrió irónicamente Fedor—. Seguro. Esa pobre dama es tan corta de vista que cualquier día va a tropezar con su propia nariz. A eso le llamo yo mala suerte.

FIN